

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA
Editores propietarios: Empresa Zig-Zag, Calle Teatinos N.o 666.



LA HIJA DEL PINTOR

J. RIBERA



Nada es más agradable que vagar, en los días de verano, por las playas arenosas, lentamente, meditando en los varios problemas de la vida, contemplando el cielo, en lo alto, por sobre las obscuridades de las montañas, y el mar en la costa; luego, al caer de la tarde, asistir á las puestas del sol, del sol magnífico, hundido lentamente como una inmensa hostia de sangre, alzada de un cáliz prodigioso, de esmeraldas y de luz. Esas puestas de sol, en lugares como Constitución, adonde fuí en años anteriores, es algo verdaderamente sublime; en Viña del Mar, adonde acabo de ir, es otra cosa—pasa desapercibida. Es que en lugares apartados uno se encuentra solo en presencia de la naturaleza, mientras tanto que en Viña se asiste á un carnaval mundano, á un torneo de elegancia, en el cual se rivaliza en trajes y automóviles y no hay tiempo en contemplar lo realmente hermoso.

La playa de Viña, á las seis y media de la tarde, era un espectáculo inaudito de lujo, una exhibición de trajes y de sombreros en las damas, como si quisieran sobrepasarse las unas á las otras. Todo el mundo quería ir á Viña, todos querían encontrarse en la gran feria de vanidades, asistir puntualmente á la lista. Daba ganas de llorar el ver á tanto pobre empeñado en hacer creer que podía sostenerse en esa lucha feroz de competencia mundana, sin fortuna conocida, y sin poseer las municiones indispensables para mantener el combate en las condiciones debidas. El dinero—siempre es el dinero la gran explicación, la llave maestra que nos muestra el fondo del fondo de miserias tales.

Por la mañana, los chicos juegan en la arena con sus baldes y sus palas de madera, pretendiendo llevarse á sus casas toda la arena de la playa; otros torean la ola que llega y que se va, pero que suele cogerles sorpresiva y mojarles hasta medio cuerpo. Multitud de carpas arrojan su mancha listada de rojo y blanco, con las entonaciones y formas pintorescas y caprichosas de la moda—el rojo y blanco predominan en listas, formando sea tiendas de campaña, sea caprichosos parasoles—y el mar azul se extiende ilimitado á lo lejos, en suavidades luminosas y claras. En la playa rompen las olas en incesante movimiento, arrojando su espuma blanca en línea no interrumpida.

Una lancha á vapor pasa remolcando varias otras que vienen del muelle de la población Vergara—son como negras gaviotas que volaron silenciosamente.

La población Vergara se ha desarrollado en los últimos años, particularmente después del terremoto, cuando la población de Valparaíso huyó aterrada en busca de otros parajes más seguros. Los antiguos arenales van transformándose en un jardín hermosísimo, con vista al mar, en dilatados horizontes. Por todas partes se construyen casas y se levantan templos. Pronto se iniciará una, arriba del cerro del

Castillo, casi encima de los baños, por donación de una señora santiaguina. Veremos entonces, en lo alto, la poesía de una hermita contemplando el desfile de vanidades mundanas en las horas del paseo, cuando los automóviles pasan á todo escape haciendo resonar sus sirenas con una serie de notas armónicas—las victorias aparecen fuera de moda—siúticas si cabe la expresión,—á propósito, si se me permite una disgresión, recordaré lo que me dijo un canónigo amigo mío, paseando por la Alameda, al ver pasar junto á nosotros una victoria que conducía una pareja enriquecida de última emisión: "Hoy día es distinguido el andar á pie, desde que los siúticos se han apoderado de las victorias."

El automóvil reina en el mundo entero, y pronto dominará entre nosotros, á pesar de que el pasto aprensado es un gran alivio para los agricultores.

A propósito de automóviles, daré de paso un dato que acaban de referirme y que tiene mayor importancia, aún internacional, de lo que á primera vista parece. Persona recién llegada del norte, y digna de fé, me cuenta que en el último año han sido llevados á Lima trescientos automóviles—lo que por cierto no es poco. Y nosotros que nos llevamos hablando de la pobreza peruana muy en serio, cuando acaso en realidad sean más ricos que nosotros.

Dejando á aparte esta disgresión y pidiendo excusas por ella, volveré á la charla sobre Viña; su porvenir es inmenso, cada día parece crecer y multiplicarse como en la bendición bíblica. Por todas partes se construyen chalets de estilo pintoresco—por lo general norteamericanos, con altos techos de formas pintorescas y variadas, rodeados de jardines en los cuales se destacan las palmeras y las araucarias, los plátanos y los ybiscus de flor roja y sangrienta. Las flores de Viña han llegado á ser clásicas por lo perfumadas, grandes y hermosas, particularmente los claveles de un tamaño y de un precio descomunal.

Más de una vez me fuí á caminar por los cerros, al del Castillo, al de las Colinas, al de Agua Santa, por donde jamás se dirigen los santiaguinos, que tienen un miedo terrible al andar á pie—como si hubieran llegado al mundo en ferrocarril. Desde lo alto de los cerros la vista es admirable—trozos de cielo y trozos de mar azulada, y farellones de la costa que se alzan solitarios y lejanos como en los versos de Nuñez de Arce. A propósito, recuerdo que en una comida en Madrid, cuando yo viajaba por aquellas tierras, le tocó sentarse junto al gran poeta español á un rico hacendado chileno, que le habliba mucho de sus versos, y le decía entusiasmado: "En Chile todos le admiramos, señor Perez de Arce... no hay poeta que se le compare, señor Perez de Arce..." Nuñez de Arce sonreía dolorosamente y yo me tragaba la servilleta para no estallar de risa, en vista

de la enorme plancha de mi compatriota. El tal, de vuelta á Chile, fué elegido senador.

Y sigo adelante, hablando de mis paseos por los cerros de Viña del Mar, que me han dejado recuerdos muy gratos; los chalets se suceden unos á continuación de otros, sin que se vea una sola casa á la antigua moda española de solanas ó corredores, como todas las fabricadas en Chile por espacio de cuatrocientos años. Ahora se busca el confort á la inglesa, con piezas de baños y halls ó galerías cerradas, salas reducidas y grandes piezas de billar. La comodidad es la regla; nuestros abuelos construyeron casas para el clima de Andalucía, suave y sereno, de eterno azul-nosotros comprendemos que lo principal son las comodidades, la vida higiénica y fácil. Ni siquiera arquitectura tenían las casas de nuestros progenitores, pues aquellos horribles aleros y techos de teja coloniales, parecen cosas de cárcel más que habitación de hombres libres. Las construcciones modernas son pintorescas y elegantes, caprichosas y variadas—todos los chalets son diferentes los unos de los otros, no tienen esa regularidad irritante de lo ya visto, que cansa y desespera.

La población Vergara guarda una gran reserva para el porvenir del hermoso balneario—que habrá de prolongarse

en pequeñas poblaciones hasta Montemar, de donde sacó su título—que á sí mismo se ha otorgado—mi amigo el marqués, el original y simpático personaje santiaguino.

Toda aquella costa es admirable y se presta para construír varias poblaciones, á cual más pintoresca y alegre, con Casinos que hacen falta á un balneario de la importancia de Viña. Su camino está trazado, para ser el primer balneario de la América del Sur, necesita grandes salas de juego al estilo de Monte Carlo, que produzcan rentas al Fisco para poder vivir con los setenta millones de déficit establecidos por la costumbre del derroche permanente en el cual vivimos. Es verdad que el juego es un vicio muy feo—como todos los vicios—pero podría procurarnos una entrada superior á la de Tarapacá, y al paso que van las cosas necesitamos otro Tarapacá para poder vivir.

Isidoro Errázuriz decía que en Chile, la única industria nacional es la guerra; calcúlese los que nos habrá pasado con tantísimo años de paz.

Y ahora vengo á notar que con tantas disgresiones casi no he tenido tiempo de tocar el principal objeto de esta sencilla charla. Así es la vida—todo podría expresarse con esta sencilla palabra: "Al pasar".

LUIS ORREGO LUCO.



TARDE DE VERANO

La Historia de un Cuadro

Existía un cuadro maravilloso. De todas las maravillas del Renacimiento era la más cara á la humanidad, la preferida, así como la Biblia es el libro, así era *el cuadro*.

Millones de hombres no conocían otro alguno, y aún cuando muy



Leonardo de Vinci.—La Gioconda

popular, tenía por adoradores y caballeros andantes á los espíritus más cultos y grandes.

Citábanlo sin haberlo visto, los que sabían hablar de él, le ponían por sobre sus cabezas. Ocupaba en el Museo del Louvre el mismo lugar que la Madonna en el Templo: Nuestra señora del Arte. El extranjero, ya fuese snob ó esteta, quería ver antes que las torres de "Nuestra Señora" la sonrisa de la Gioconda. Tenía razón. Nunca ha existido en las riberas del Sena cosa alguna comparable con ese monumento y con el rostro aquél.

Quienquiera que llegue á comprenderlo, puede dar en el fondo de lo misterioso. Es un mito; su alma vibra en el misterio. Quien no lo entiende cae bajo el peso de la realidad y jamás removerá cosa que no sean palabras vanas. Amar la Gioconda es complacerse en la Belleza pura, desprendida de la concupiscencia y del sentimentalismo, es ser digno de "elevarse de ciencia en ciencia, á la ciencia fundamental de lo bello."

Era todo Platón concentrado en un rostro de mujer. Contemplo la fotografía de Braún y en mi espíritu escucho la voz de Drotima: "Oh! mi querido Sócrates, si algo dá precio á la vida es la contemplación de la belleza absoluta, y si llegas á lograrlo ¿qué habrán de parecerte, comparadas, las mujeres más bellas, cuya vista ahora te perturba y te encanta, á tí y á muchos otros?" La belleza absoluta es la de la inteligencia. Hay otras mujeres más hermosas y más bellas, aún en París y en el Louvre. ¿Por qué no se dá el nombre de la rival que haya de suceder á la Monna Lisa en el culto universal?

Al decir del catálogo nó era al fin y al cabo más que el retrato de una burguesa florentina. Los que compararon ese panneaux con las demás obras del maestro, se asombraron mucho al considerar que semejante lienzo equivalía, pictóricamente considerado, á la Santa Ana. No pensaba el pintor en sus contemporáneos al trazar la obra maravillosa, sino que, más bien, como Wagner en el Parsifal, pensaba en un público escogido de almas que más tarde vendría.

Sí, tiene razón el viajero, con su breve programa de "Nuestra Señora" y la "Gioconda": ambas constituyen las dos fases del genio occidental. Aquí la humildad se encumbra al cielo, allá el orgullo desarrolla su personalidad. Para el filósofo las dos especies de misterio se confunden. Para el mayor número, Lisa habla lenguaje claro y apropiado á estos tiempos, que contempla en vez de orar; y demasiado emancipado, busca menos la verdad que una confirmación de sus tendencias. La Gioconda enseñaba el dogma de la conciencia y de la dignidad del individualismo, como otro Hipatia; ilustraba con su belleza los Versos dorados de Pitágoras. Había más luz en sus ojos que en todos los tratados. Unica como la grande Esfinge, era la última hada, milagro sobrenatural aceptado por una época descreída. Con ella lo sobrenatural dió en abandonar el Louvre y la inmortalidad del alma perdió una de sus pruebas.

Carotti, en Milán, decía: La Gioconda, no solamente es una obra maestra sino la manifestación de un sendero recorrido al través de las edades". Las Pirámides, el Partenon, la Catedral Gótica, son las obras que preceden á ésta. Vé la emanción simultánea del poder espiritual y del sentimental y poético, con todos los misterios del alma y sus destinos.

Ya no es un lienzo sino el escudo vivo del mundo moderno.

Esto es lo que los pintores y críticos no han comprendido. No se trataba de un cuadro, así como la Biblia, no es un *in-octavo*, sino que era *el cuadro*, el único. Los Pinaestecas podían desaparecer, la *Gioconda* bastaba para revelar el Renacimiento, así como la Esfinge revela á Menfis.

Los unos sienten el maravilloso retrato, los otros lloran la San Graal: y esas dos corrientes que divide á la humanidad en místicos y realistas, son tan irreconciliables como los instintos. No existen demostraciones para la humanidad; vibra ó nó. Respecto á la pérdida de la Gioconda la humanidad se encuentra tan dividida como en cuanto á una persona viva. Algunos la amaban y quedan inconsolables; muchos la admiraban y ya se consolaron.

Pero esos fanáticos nunca terminarán en sus quejas. Si enumero algunas de las razones que justifican el duelo inmenso en que se hallan sumidos los que aman el arte, es que ante tal desastre no se ha visto á nadie mesarse los cabellos.

Al desconocimiento de esta obra maestra se agrega el cargo de

la Posteridad. Los tiempos habían trabajado sobre el cuadro inmaterializándolo. Los siglos habían formado en torno suyo un marco de adoración, que jamás será colmado por el vacío.

Ese panneaux había sido comprado á precio fabuloso por el Rey Francisco I, para honrar la vejez de Vinci. Pero todos los civilizados tenían derecho á semejante cuadro. Cuando una obra es única en el mundo, los que la poseen son tan sólo sus custodios: la Gioconda



La Gioconda.—Copia del cuadro

pertenecía á la humanidad, y la Francia, guardián infiel, no puede justificarse.

Quien hubiera cogido los diamantes de una corona no sería más que un ladrón vulgar. Tomar el oro, no es más que robar; tomar una obra maestra es un sacrilegio, y no solamente contra la fe sino contra toda alma existente.

* *

Vamos á invesigar el puesto que la Monna Lisa ocupa en la vida y en el alma del maestro.

Sobre la portada del manuscrito existente en el "Instituto" ha escrito Leonardo: "Edificios de Bramante, Visconti reducido á prisión; su hijo muerto. Gian de la Rosa despojado de sus bienes. El duque ha perdido sus Estados, sus bienes, su libertad..."

Esta nota del 2 de Septiembre de 1499 señala la época de la ruina de Leonardo. Tiene cincuenta años. Ha dado dieciseis á Milán—los más hermosos de su vida—y debe huír también. Ha realizado sus bienes, reduciéndolos á una letra de cambio sobre Florencia, y parte. Le seguimos á Mantua, donde bosqueja á la marquesa de Este. La encantadora dama hace cuanto puede para retenerlo, aún cuando sin éxito. ¿Por qué pasó tan pronto el maestro? Era una Gioconda real.

El 13 de Mayo de 1,500 Leonardo está en Venecia. Muestra á Lorenzo de Pavia el perfil de Isabel de Este. En Marzo de 1501 Leonardo está en Florencia; Isabel encarga al general de los Carmelitas la informe de la vida que lleva el maestro, quiere un cuadro de él paar su studio y Frá Petrus le responde: "En cuanto á la vida de Leonardo é varia é indeterminata forte... parece vivir al día; sólo se ocupa del boceto de un cuadro (el de Santa Ana). Dos de sus alumnos hacen retratos á los cuales él agrega algunas pinceladas. Se dedica mucho á la geometría; el pincel lo impacienta."

Un mes más tarde el hermano Petrus escribe á la marquesa: "He conocido, por su alumno Salai, los propósitos de Leonardo. Más que nunca se ha consagrado á las matemáticas, disgustándole de la pintura hasta el punto de que no quiera coger un pincel. Sin embargo, si puede romper sus compromisos con el Rey de Francia, servirá á vuestra Alteza de preferencia á toda otra persona. En todo caso pintará el retrato, pues la pequeña pintura de la Virgen con el huso, para el Rey Luis XII ya está concluída."

Poseemos la cartera autógrafo del maestro en 1502. Es ingeniero de César Borgia para la inspección de fortalezas y puntos fortificados de sus Estados. El 6 de Septiembre dibuja esos admirables mapas de Windsor, en los cuales la ciencia corre pareja con la belleza, y que no son más que simples documentos militures para el duque de Valentinois.

El 18 de Agosto de 1503 el Papa Alejandro VI moría envenenado,



La Magdalena Doni, de Rafael, en la actitud de Gioconda

y César, envenenado también y prisionero, era entregado á la España, desaparecía de la escena, mientras Leonardo, de vuelta á Florencia, comenzaba el cartón de la Batalla. En 1505 el maestro está en Roma y vuelve á Florencia, en donde termina la Gioconda.

Ignoramos cuándo la comenzara. La leyenda de los cuatro años es insostenible. Pero sabemos que por aquel entonces la ciencia le hacía casi rechazar los pinceles.

Si se miran los cróquis se comprende que ningún artista ha dibujado con mayor rapidez que Leonardo; su lentitud no estriba en la ejecución sino en la meditación. El dibujo de la *Gioconda* es minucioso, meticuloso, pero es injuria grave el compararle con los holandeses que se encarnizan en los detalles, por falta de concepción y pobreza de sensaciones.

La mano jamás vacila, ni titubea, el espíritu sabe fijarse más alto.



La Gioconda.—Réplica del cuadro

Como la sutileza señala lo dominante en aquel espíritu, y que consiste en la simultaneidad de las relaciones, su investigación no tiene límites; y ha confesado que pretendía fuese el pintor un hombre universal, sin limitaciones del ojo y de la mano. Así produjo en la *Gioconda*, en vez de un retrato, lo que Goethe llamaba el eterno femenino, figura que se eleva fuera del tiempo, y que parece sagrada, sin que nada evoque su dominio, sino el estilo soberano que manifiesta.

Francisco di Bartolomeo di Zanobi del Giocondo, nacido en 1860, era hombre de honorable posición. Se casó en primeras nupcias con Camila Rucelai en 1491. Su segunda mujer fué Camila di Marioti. En 1495 se casó con *Lisa Gerardini*, de familia napolitana. Rayaba en los treinta años cuando sirvió de modelo á Leonardo. Había perdido una niñita que fué sepultada en Santa María di Novelli, en 1499, en el mismo año de la caída de los Sforza. Leonardo no llegó á Florencia antes de 1501. No existe dibujo, ni cróquis alguno del retrato.

¿Por qué causa el retrato de *MMonna Lisa* quedó en manos del pintor? Eso se ignora pero no es difícil presumirlo. Hay tres hipótesis. Ateniéndonos á la primera, el modelo se cansó de *posar*. El pintor interrumpió la obra, movido por trabajo de un orden diverso; ó por experimentos matemáticos. Lo más probable es que el marido tuviese miedo al retrato.

Ahora bien, la cabeza de Gioconda era peor que mala, aterradora para un marido.

Aquí la imaginación ha temado vuelo. Se ha recordado el Dante y Beatriz, Petrarca y Laura, Rafael y la Fornarina, Leonardo y la Gioconda. La mujer más admirable que artista alguno haya pintado, y que es también la que mejor ha pintado, debía pasar por su querida. Nada, sin embargo, parece corroborar la hipótesis. El co-

razón de Leonardo conserva su misterio, y las cinco mil páginas de sus manuscritos no contienen ni una sola línea reveladora. Era bueno y hasta bonachón con sus alumnos. Uno de sus contemporáneos escribe: "Los Gazzarolle no se alimentan de cosa alguna animada, se parecen á Leonardo, que no puede dañar á ningún ser vivo."

Ninguna anécdota nos pinta al hombre pasional, aún cuando en

varios pasajes habla del amor neo-platónico: "Quién no refrena la voluptuosidad, se rebaja al rango de los brutos."

La idea de un concierto amoroso no era extraña á la mentalidad del maestro; con todo, nadie nos ha iluminado á este respecto.

La expresión de Gioconda es activa hasta el más alto punto, husmea su propio pensamiento. Mirad al auditorio de la reoveux Sinfonia ó al de Wagner. Su rostro no absorbe, los rasgos fisionómicos entran, se lavan y están poseídos. La Gioconda, por el contrario, nos posee, su mirada nos sobrecoge, nos atraviesa y todas se sienten mujeres ante la potencia de sus ojos.

En su Tratado, Leonardo, que dá el predominio á la música sobre la poesía, deplora que el arte armónico no puede manifestarse sino en una sucesión de tiempos, en vez de la simultaneidad de la fábula pintada en todos sus actos. En consecuencia ha buscado en todos sus personajes aislados esa compleji dad llevada hasta el enigma. Escribe sin cesar, que se

debe dicernir el pensamiento del personaje y su gloria nace de la imposibilidad radical en que nos hallamos de percibir el de *Gioconda*. Subiendo mil codos sobre su precepto, la ha pintado en el acto mismo de pensar, sin epíteto, abstractamente. La *Gioconda* piensa: su cerebro nos domina y no su belleza: ahora bien, resultado semejante no se había alcanzado nunca ni volverá á alcanzarse.

El Pereseroso de Miguel Angel tiene una actitud de reflexión. En la "Escuela de Atenas" se eleva una onda majestuosa de inteligencia, pero los unos enseñan en tanto que los otros escuchan. Disértase y estúdiase profesionalmente, por decirlo así: son hombres del oficio. En un taller del Verbo lo que Rafael dá en mostrarnos; con la Gioconαa, el caso es diverso, encarna el pensamiente puro, individual, olvidados ya los sistemas. En un manual podría ponerse de título: "El fenómeno del pensamiento."

Estamos lejos de los temas admirativos de Vassari. Ya no se trata de encarnado, ni de finura de las cejas. Debo confesar que nuestra *Gioconda* no era la que Vassari había visto. El color, pasando del brillo de la vida á un efecto crepuscular, ha cambiado su carácter: las descripciones antiguas nos hablan de un lienzo ejecutado en mayor y el que tenemos á la vista se halla en el punto más delicado del menor.. En cempensación á los golpes asestados á tantas otras obras, el tiempo ha colaborado á esto felizmente, espi-

ritualizándola de una manera prodigiosa. Y aún cuando haya de exasperar á los estetas, sostendré que nuestra *Gioconda* es más hermosa que la que sedujo á Francisco I. Su alma se afirmaba más noble en la extinción de los colores brillantes: no concibo que se hayan hecho tantas copias de una obra que tiene toda su fuerza en la fotografía.

Séanos lícito forjar una hipótesis de la obra. Cuatro años

después de la sesión de postura, la obra no se hallaba concluída, y quedó por cuenta del artista: sea que el modelo se hubiera cansado, sea por celos del marido ó más bien disgustado de lo terrible de la expresion.

El maestro había recurrido á todo su arte para hacer una obra maestra de ejecución, pero se trataba de seducir á Luis XII y más tarde á Francisco I. Como tuviera pocas obras que presentar, cambió el propósito extraordinario de utilizar ese retrato y de intensificarlo. Ese espíritu tan profundo que conocía mejor que nadie las expresiones de la faz humana, modificó la luz, anímica; contempló su propio retrato en un espejo y esa mirada de Fausto, sin fiebre y de Prometeo, sin temeridad, lo insertó en el ojo de la dama napolitana: el efecto fué tal que la humanidad durante cuatro siglos ha balbuceado: era algo más que quimérico que cuanto había existido hasta el presente, que cuanto ha existido después. Ninguno pudo resistirle. El retrato se tornó quimera y la

Leonardo de Vinci.—San Juan Bautista

Dama esfinge. El dibujo de Rafael al estilo de la *Gioconda*, parece hecho de memoria, ha servido para el retrato de Magdalena Donni en el Pitti, y el parecido llega bastante lejos. Solamente tanto en el dibujo á la pluma como en el cuadro de Rafael, la mujer parece bastante necia.

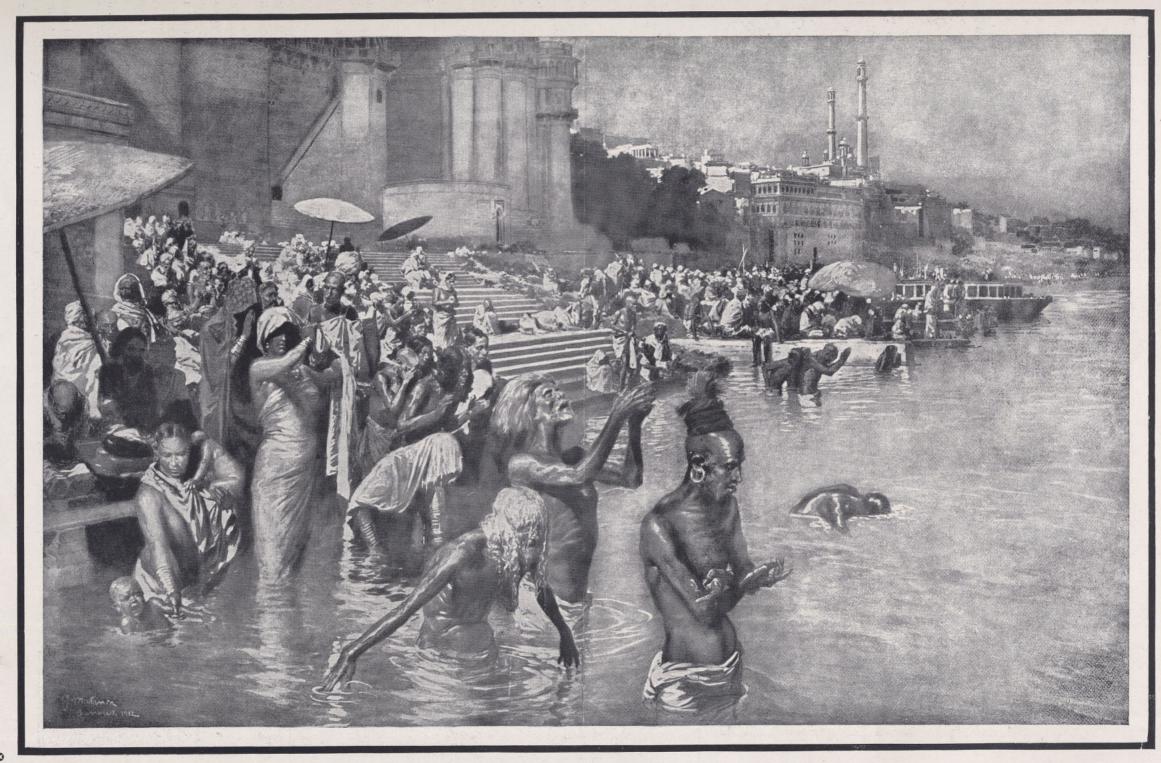
No lo es, sin embargo, pero una honesta dama es una gran esfinge en la cual se ocultan los misterios de la tierra y del cielo.

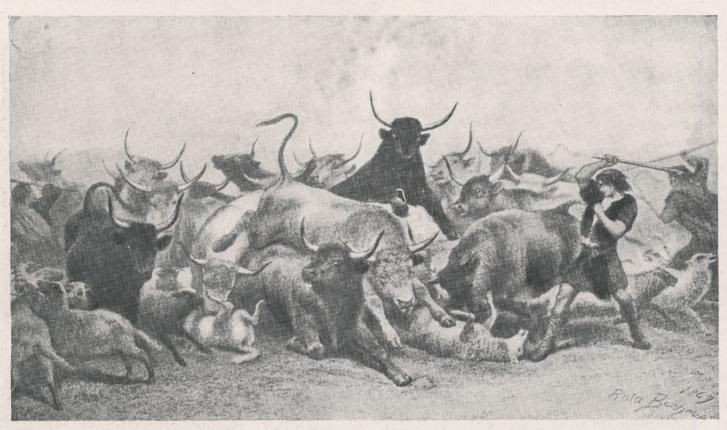
Habremos de volver siempre á la descripción de Vassari:

"Quien quiera cerciorarse, dice, de hasta qué punto el arte puede imitar á la naturaleza, puede comprenderlo examinando esa cabeza, en que Leonardo ha expresado todos los detalles con extremada finura. Los ojos tienen el brillo, la humedad que se observa durante la vida; están cernidos de tonos rojizos y plomizos de verdad perfecta: las cejas, pintadas con delicadeza extrema.

Las pestañas, su inserción en la carne, su espesura más ó menos pronunciada, su curvatura según los poros de la piel, no podían ser expresados de manera más natural. La boca, la hendidura de sus extremidades que se ligan por el rojo de los labios al sonrosado de las mejillas no son ya color sino la carne misma. En el hueco de la garganta se nota la palpitación de las arterias. Tal figura es capaz de amedrentar al artista más hábil del mundo."







Un pánico, por Rosa Bonheur

ROSA BONHEUR

El año 1830, que trajo á Francia la forzada abdicación de Carlos X y $_{\rm el}$ advenimiento de Luis Felipe de Orleans, fué también un momento histórico de importancia en otros campos que el de la política.

Aquel año, llamado el 93 de las artes, los Marat, Danton y Robespierre de la revolución se llamaron Delacroix, Hugo, Byron... Fué un trastorno, una subversión contra las leyes establecidas, que limpió el aire de los prejuicios y afectaciones clásicos y al igual

Un antiguo monarca, por Rosa Bonheur

que el Código de Napoleón, inspiróse y tomó origen del trastorno y subversión de las cosas políticas.

Fué por entonces cuando Raimundo Bonheur emigró de Burdeos, su ciudad natal, hacia la capital de Francia, esperando hallar en ella una fuente de recursos que se había agotado en la primera; pero no debemos extrañar que en tiempos tan turbados, este distinguido pintor, de origen judío, tuviera verdadera dificultad para encontrar recursos con que sostenerse él, su esposa y sus cuatro hijitas. María Rosalía Bonheur la mayor de todas contaba ocho años al tiempo de la emigración. Su nombre de María databa desde su conversión al catolicismo, pero el verdadero de ella, Rosa Mazeltor, era netamente judío; y si hemos de creer al medallista holandés Jacques Venloo, él y Raymundo Bonheur tenían costumbre de asistir á la misma sinagoga.

Desde su infancia parece que Rosa manifestó un carácter extraordinario, porque en 1829 ya la señora Bonheur escribía á su esposo:

"No sé lo que irá á ser Rosa con el tiempo, pero de lo que me siento segura es que no será una mujer ordinaria..." acertado pronóstico que desgraciadamente no alcanzó á ver cumplido, pues falleció en 1833.

Raymundo puso á Rosa en un pensionado de la calle Reullot y cuéntase que la joven alumna se llevaba cubriendo sus cuadernos y sus libros con figuras de caballos, vacas, cabritos, lo cual al mismo tiempo que su inclinación artística, manifestaba una desaplicación que su padre creyó necesario reprimir,

Sacóla del colegio y la puso de costurera. Pero las labores de aguja le eran demasiado repugnantes y reconociéndolo así, Raymundo decidióse por fin á cultivarle sus aficiones y la conservó á su lado, en su taller de pintor. Bonheur era un artista de ideas avanzadas, despreciador de los prejuicios de su tiempo y en estas tendencias educó á su hija Rosa. Es cierto que encontró en ella un temperamento excepcional para aprovechar sus lecciones pero tampoco debe olvidarse que á esta temprana educación debió Rosa su seguridad de ojo y de pincel y, sobre todo, esa notable multiplicidad de figuras, que, entre todas, era la característica más saliente de su talento.

Desde sus comienzos Rosa hizo grandes progresos en el arte, y con celo febril ocupóse en ayudar á su padre, pasando días enteros en su estudio, en la preparación de dibujos para publicaciones y en la copia de los viejos maestros, con lo cual ganaba no sólo ex-

periencia, sino que contribuía á aumentar los escasos recursos de la familia del pintor.

A los dieciocho años pintó su primer cuadro original: dos conejitos comiendo zanahorias. Este trabajo, añadido á otros que representaban buques y lagos, fué expuesto en el Salón de 1841. Tres años más tarde su padre escribía:

"Las pinturas de Rosa han producido buena impresión... El señor Goudín, pintor del Rey, ha hecho grandes elogios de ella y, francamente, estaría receloso de que fueran inmerecidos si no tuviera tan alta idea de su talento..."

El año 1845, Rosa se conquistó una medalla de oro de tercera clase y, tres años más tarde, otra de primera. En esa misma época pintó su cuadro "Labourage Nivernaise" que sentó para siempre su reputación. El Gobierno expresó el deseo de adquirirlo para el Louvre y, en vista del mal estado de las finanzas, la joven se contentó con recibir 120 libras; y así la obra de una joven de veintisiete años pasó á ser propiedad de la nación francesa. Su padre, establecido desde el año anterior en el cargo de director de dibujos del colegio de nobles de la calle Turena, vivió sólo lo suficiente para ver este primer trabajo completo de su hija. Después de su muerte, el empleo que ocupaba fué ofrecido á Rosa y desempeñado activamente por ésta hasta 1860, reteniéndolo después, hasta los últimos años de su vida, con el título de director honorario.

El éxito de "Labourage Nivernaise" la animó á emprender obras de mayor aliento y púsose á trabajar su "Caballo Alazán", que fué el gran éxito del Salón de 1853.

Cuando trabajaba en el "Labourage", Rosa había tomado la costumbre de visitar los mataderos de París en compañía de su fiel amiga, la señorita Micas, presenciando ambas las más repugnantes escenas y teniendo no poco que sufrir por su calidad de mujeres entre aquellos hombres brutales y groseros. Al decidirse á pintar el "Caballo Alazán" quiso libertarse de las trabas que le imponía su traje y se vistió de hombre. Así pudo visitar los establos y caballerizas como un joven pintor que quisiera estudiar sus costumbres. Un cierto vigor de carácter y fisonomía contribuyó al éxito de su difraz.

Un periodista que la conoció por 1852, la describe como pequeña de estatura, con facciones muy marcadas, mejillas redondas y llenas y obscuras, rápidos, fascinadores ojos. Su opinión era que no la impelía á trabajar una imprudente audacia, sino la conciencia de su propia fuerza.

Escribiendo de élla en época posterior, M. René Peyrol publica en el "Art Journal" lo siguiente:

"En su casa, viste de hombre y los que la conocen en intimidad, casi no la imaginan de otro modo, tan acostumbrados se hallan á



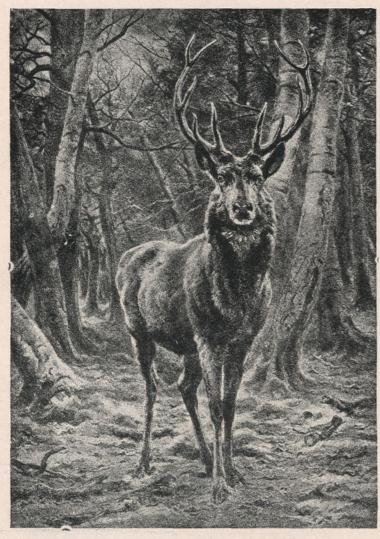
Rosa Bonheur

verla pasear por su estudio ó por el parque en blusa y pantalones bordados, como los de los aldeanos."

Esta casa de que habla M. Peyrolm era un castillo situado en la cima de una colina cercana á la pequeña aldehuela de By, no leios de Fontaineblau y de las riberas del Sena. La gran prosperidad
que le trajo el reconocimiento de su talento extraordinario permitióle adquirirlo con sus propios recursos en el verano de 1850.
Añadióle un ala de edificios en que se comprendían su estudio,
piezas de dormitorio y extensas y cómodas cuadras. En éstas y en
los prados circundantes crecían y vivían ovejas y cabros de Bre-



Feria de caballos, por Rosa Bonheur



En acecho, por Rosa Bonheur

taña, Auvernia y Escocia, raras aves, ciervos, leones y jabalíes, gacelas, alces, gamuzas. Pero la parte más cuidada del castillo y la que más atraía á su dueña, era la hostería de los perros, un verdadero establecimento donde se encontraban todas las razas y familias de canes imaginables. Allí estaban los perros de San Bernardo, los españoles, los fox-terris, de presa, de Terranova, de Pomerania... y en su compañía fiel y discreta solazábase Rosa hasta el punto de que, según el decir de un crítico, á ella y á nadie más debería atribuírsele la célebre frase:

Cuando se conoce mucho á los hombres, siéntese una profunda estimación por los perros..

Con la cahibición del "Caballo Alazán", en 1853. hízose tan estruendosa aclamación á la pintora, que más de un crítico vaticinó lo que ahora se ha cumplido plenamente: que Rosa Bonheur sería con el tiempo una gloria nacional. Sus trabajos ya estaban hors concours en 1848, pero en 1853 fueron reconocidos universalmente como maestros.

Tan popular se hizo su nombre, que el Emperador decidió comprarle su cuadro, pero por dificultades económicas, el Ministro de Bellas Artes se vió obligado á romper el compromiso. Francia no tenía cómo pagar el "Caballo Alazán". Entonces éste emigró á Inglaterra y exhibióse en Chent, donde el entusiasmo de la gente fué tal, que todos andaban con camafeos, en que estaba grabado el célebre animal. Poco después, el conocedor comerciante en pinturas, de Londres, Mr. Gambert-cuyas atrevidas tradiciones han sido tan dignamente continuadas por los señores Lefévres-adquirió la obra y vendióla algo más tarde á un americano, de cuyo poder fué á encontrar hogar definitivo en el Museo de New York. Despertando demasiado tarde, los ingleses reconocieron su error y para repararlo, siquiera en parte, ya que no podían tener el original, encargáronle á Rosa un duplicado y así la National Callery admitió por primera vez en sus salones la producción de un artista extranjero vivo.

Por aquel tiempo, Max Nordau la llamaba el Ruyard Kipling del pincel...

Sin embargo, á pesar del gran coro de alabanzas que por todas partes levantaban sus cuadros, algunos críticos no podían conformarse con la idea de que una mujer conquistara esa gloria y empezaron á hacerle críticas, censuras y comparaciones adversas.

Entre éstos se contaba el gran Ruskin, el cual llegó á decir, en su injusta severidad, que Rosa Bonheur no había pintado nunca caballos ni vacas, sino cuerpos de animales en movimiento ó en reposo, que sin haber dibujado bien una fisonomía humana era imposible interpretar la expresión, la vida de las bestias...

Pero la fama de la artista no se obscureció un punto con estas censuras y antes siguió creciendo, gloriosamente.

Interesante y simpática es la historia de cómo ingresó á la Legión de Honor. La Emperatriz Eugenia, gran admiradora de Rosa, fué á visitarla muchas veces á su castillo de By, y parece que el encanto suave y penetrante de la mujer conquistóla en menor grado que el talento de la pintora y desde entonces empezó á trabajar porque Napoleón la condecorara. Quísolo éste al principio, pero encontró tan serias resistencias á causa de no haberse concedido este honor á mujeres sino por célebres actos de heroismo, que hubo de desistir para siempre. No obstante, Eugenia no cejó en su empeño y durante un viaje que el Emperador hizo á Argelia, quedando ella de Regente, envió recado á Rosa de que pasaría á visitarla. Después de algunas palabras de bienvenida, hizo traer primorosa cajita, abrióla y sacando de adentro la Cruz de la Legión de Honor se la colocó en el pecho de su amiga. Luego después, abrazóla estrechamente y la besó, declarando que esta recompensa distinguía tanto á la artista como á la mujer.

En cuanto á si le disgustaría á Napoleón, puede inferirse lo contrario del hecho que poco más tarde se le confirió á Rosa el grado de oficial de la misma orden.

Nuevos honores siguieron á éste. El Emperador Maximiliano de Méjico le confirió la orden de San Carlos, el Rey de Bélgica la hizo Caballero de la Orden de Leopoldo y la Academia de Antwerp la inscribió entre sur miembros.

Terminaremos copiando los notables conceptos que acerca de esta ilustre mujer escribió M. Henry Frantz, el célebre crítico:

"Rosa Bonheur ha sido realista, ha pintado la vida de los animales y el paisaje de los campos tales como son, con su humilde y profunda verdad. Como Brascassat, su contemporáneo, jamás adultera las cosas, sino que las presentan iguales que las vemos diariamente. Por otra parte, lo penetrante de su observación, su gusto perfecto, su sentido de la atmósfera y el vigor de su inspiración nos la presentan entre la primera fila, no de las mujeres artistas, sino de los más vigorosos y notables de pintores varoniles."

AGUSTIN CHESTER.



El león en su guarida, por Rosa Bonheur



MADONNA

Leopoldo Schmutzler



—"Antonio y Pacomio tuvieron apariciones que es necesario no confundir con las tentaciones... La hija de Satán no se manifestó á ellos encarnada, sino únicamente en estado de fantasma. Los textos son formales acerca de este punto."

Leía ella con voz arrastrada, sin inflexiones, y las palabras fluían de sus labios como un hilo de agua que no se rompe.

— "No es un ser real, como en la historia de Efrén, de Policarpo, de Serapio, 6 de los innumerables solitarios que vieron venir hacia ellos á la tentadora."

Echado sobre la mesa atestada de papeles, seguía él las líneas con la pluma, tarjando letras y palabras, haciendo signos y llamadas, demorándose á veces en intercalar una frase completa que el cajista pasó por alto. Entonces el hilo parlante cortábase de pronto y el ruido interior de las máquinas se desrramaba en el silencio del cuartito. Hasta que la lectura recomenzaba y volvía la pluma á correr sobre las líneas impresas.

No hacía mucho tiempo que Antonio trabajaba con la hija del regente en la corrección de pruebas. Antes tenía de ayudante á un muchachito tímido y dócil, tanto, que jamás puso mal gesto á las observaciones de Antonio ó á las reprimendas del regente, hombre que, aunque aparentaba ante su clientela una dulzura ompalagosa, aparecía lleno de brusquedades y exigencias en sus relaciones con los empleados.

Contento estaba Antonio con aquel muchacho; pero, desgraciadamente, una pulmonía se lo llevó entre un Lunes y un Sábado. Fué entonces cuando don Enrique decidió que su hija Paulina ayudara á Antonio en su monétona labor.

Al principio, el cambio de compañero produjo un hondo malestar en el ánimo del corrector de pruebas. Se sentía molesto, cohibido, en presencia de esos ojos tranquilos, de esos labios gruesos, á ratos estriados de finas arrugas y á ratos suaves, lisos, húmedos. Le incomodaba la vista de esos cabellos negros y abundantes, de esas manos ágiles y nerviosas, de ese corpiño ajustado y sin adornos, de esas faldas largas y opresoras, demasiado largas tal vez para la edad de Paulina, pero no tanto que alcanzasen á ocultar unas botitas de alta caña y de gastados tacones. Molestábale la presencia de todo aquello, no porque fuera desagradable de mirar, sino porque tales detalles formaban un conjunto temible para su espíritu apocado: porque todo eso constituía una mujer.

Tener una mujer frente á él, verla día á día, trabajar con ella en aquel encierro, hablarla, oirla á cada momento, parecíale un suplicio insoportable. Bien sabía él que Paulina, por su aspecto y sus modales, más parecía un muchacho que una niña. Pero con todo, eso de pasarse las horas en compañía de aquella criatura, le encogía el ánimo, como una mala expectativa.

En Paulina no hizo efecto alguno la nueva ocupación. Desde pequeña habíase acostumbrado al roce con los empleados de la imprenta. Los hombres tratábanla como á un camarada y ella fraternizaba con todos, afanándose en el trabajo. Su alma se había moldeado en aquel medio, y su figura no era sino el trasunto de su alma. Vivía como ignorante de su sexo, ajena á esos pudores caprichosos de las muchchas, que no suelen ser sino llamamientos á la malicia, señales disimuladas para atraer la atención de los hombres. Era una mujer porque mujer había nacido; pero no tenía la intención femenina, no sabía ser mujer.

· II F F HELET

"La Imprenta Católica" pasaba por una época de mucho movimiento. Como la impresión de obras religiosas—y era la especialidad de la casa—no diera mucho que hacer, por la escaséz de encargos, don Enrique había hecho propuestas para la edición de una obra del Ministerio de Hacienda, un larguísimo informe sobre el salitre, muy adornado de apéndices, notas y documentos. Obtuvo la aceptación de su propuesta y se empeñó en terminar pronto la numerosa tirada.

La utilidad del negocio sería buena, pero era menester un

gran esfuerzo de actividad para salir á tiempo con la edición. Antes de que concluyera Octubre—y ya era pasada la primera quincena-la obra debería ser entregada. Se trabajaba, pues, febrilmente. Como los empleados no dieran abasto, hubo necesidad de contratar otros. Desde las primeras horas de la mañana hasta el comienzo de la noche, los talleres trepidaban sin cesar. No tenían descanso las máquinas ni los hombres. Un sonoro zumbar de rodajes llenaba la imprenta constantemente, alto rumor al cual se mezclaba la voz autoritaria de don Enrique gritando órdenes ó lanzando reprimendas. Todo era movimiento en el interior. Corrían las poleas en busca de los ejes; giraban las ruedas dentadas calzando sus engranajes; los brazos de acero subían y bajaban cadenciosamente: avanzaba el papel hasta colocarse bajo las formas y los pliegos impresos, húmedos y olientes á aceite, se abatían con suavidad unos sobre otros, formando montones que crecían con rapidez.

Esta actividad inusitada no llegó, sin embargo, al retirado cuartito de la corrección de pruebas. Entre los empleados recién contratados contábanse dos correctores, los que fueron encargados de atender al trabajo extraordinario que demandaba la impresión de la obra ministerial.

Antonio y Paulina quedaron relativamente tranquilos en medio de aquella ardorosa labor.

La impresión desagradable que en un principio causara á Antonio la presencia de la niña, había ido desapareciendo poco á poco. Se habituaba á la compañía de Paulina y hasta se atrevía á mirarla furtivamente. La rodeaba primero con los ojos y luego, ya un poco más confiado, posaba breves instantes su mirada sobre aquel rostro sin belleza, pero lleno de suavidad. Una vez, sin embargo, al levantar la vista del papel impreso, su mirada se entró por los ojos de ella, que también lo miraba. Fué un calofrío el que experimentó Antonio, una sensación que le replegó el alma á lo más hondo, como se encoge la antena del caracol al contacto de algún objeto que él, en su rudo instinto, juzga, sin duda, peligroso.

Ahora, entre las eternas páginas religiosas,—publicaciones católicas, vidas de santos, folletos místicos, libros de oraciones,—había algo que parecía en aquel cúmulo de producciones monótonas y graves una nota nueva, interesante. Eran las pruebas de una revista literaria que, aunque redactada por jóvenes conservadores, de la Academia de San Ignacio, solía deslizar en sus columnas algún articulillo con vistas á la vida exterior, algunos versos ingenuamente amorosos, algún cuento con olor de humanidad.

La voz blanca de Paulina se coloreaba á veces, adquiría inflexiones, acentuando algunas frases; interpretaba, en fín, con modulaciones nuevas los diferentes pasajes de la lectura. Antonio, por su parte, solía descuidar la revisión de la hoja impresa por oir lo que decían aquellos labios gruesos, humedecidos ahora continuamente, como en un saborear de las palabras.

*

El plazo para la entrega de la edición oficial tocaba á su fín. La actividad en la imprenta adquiría, pues, mayor pujanza. Los operarios, sudorosos, hacían su trabajo en silencio, las máquinas forzaban su marcha y en los talleres el aire recalentado por la labor prolongada y porque ya la primavera echaba sobre la ciudad las primeras ondas de calor, era fuerte, enervante.

Desde que les fuera encomendada la corrección de pruebas de aquella revista literaria, Antonio y Paulina se empeñaban en despachar rápidamente las páginas religiosas, como si esa incesante repetición de frases terribles ó quejumbrosas les produjera fastidio.

—Veinte páginas del "Camino Recto para llegar al cielo". ¿Quiére que yeamos esto primero?

Antonio preguntaba:

-; Y qué más?

—Un pliego de la revista.

—Despachemos el "Camino Recto"—decía Antonio con su voz de sacristán—y en seguida veremos la revista.

Paulina leía precipitadamente, sin esperar que Antonio concluyera sus garabatos.

Terminaron en un momento las veinte pequeñas páginas del libro místico.

-Ahora la revista.

Se acomodaron en sus asientos, como disponiéndose á recibir y gustar mejor aquel goce.

Estaban frente á frente, separados por la angosta cubierta de la mesa. Paulina tomó los originales de la revista y los puso ante sí; igual cosa hizo Antonio con el pliego impreso. Y comenzó la lectura.

Era un artículo algo soso acerca de la moral en el teatro, que el autor exigía á los dramaturgos como condición indispensable para hacer obra duradera.

La voz de Paulina, lenta y cálida al principio, empezó á hacerse rápida nuevamente. Aquello no correspondía á su expectativa.

En seguida vino un cuento insubstancial y luego unos versos traducidos del italiano.

__"¿Qué es amor?"

Era el título de la composición.

La voz de Paulina tembló un poco al pronunciar esas palabras. Antonio se inclinó sobre la mesa, como si se le hubiera acortado la vista de repente.

Seguían los versos musicales y profundos:

Caras vírgenes: ¿qué es amor, cómo logra sus palmas? preguntáis afanosas y en serio... ;Ah! el tirano señor de las almas es misterio, es misterio, es misterio. Paulina calló, mientras Antonio, sin levantar la cabeza, hacía una corrección al margen. Hubo necesidad de volver á leer la estrofa. Y cuando leía de nuevo, la voz de Paulina se cortó de pronto. Su pié, desasosegado, inquieto, acababa de tropezar con el de Antonio, suavemente, en blando roce, que le produjo un desmayo interior.

Se miraron. Los ojos de la muchacha se posaron sobre los del hombre, tranquilos, con un creciente fulgor, muy al fondo. El bajó los suyos, turbado. Le temblaba la barba imperceptiblemente.

Paulina continuó:

—Cual relámpago en el pecho que altivo lo impetra, raudo cae, sus senos turbando ó ratera avisado penetra muy callando, callando, callando.

La voz volvió á enmudecer. Leía ella ahora para sí, removiendo apenas los labios. Antonio esperaba, con la pluma clavada en el papel y sin atreverse á levantar la vista. En sus sienes comenzó á aparecer el serpenteo de dos venillas. Al fín, cuando se resolvió á mirar, encontró los ojos de Paulina fijos en él. Aunque no hizo el menor movimiento, tuvo la sensación de que se echaba hacia atrás, para no caer á un abismo. La niña sonreía. Era una sonrisa forzada, casi un gesto de dolor. Su mano nerviosa avanzó, arrastrándose sobre el papel, y fué á oprimir de lleno la de Antonio. Siempre mirándose á los ojos, ella sonriéndose con dolor, él con la expresión de un hipnotizado, fueron alargando sus cuellos hasta que sus bocas se juntaron en un beso desfallecedor, en un largo beso que les puso una nube en la vista y un placer infinito en todo su ser.

Cuando pasó aquel vértigo, la voz de don Enrique, entre el complicado estruendo de las máquinas, gritaba furiosamente.

M. MAGALLANES MOURE.



LA VICTIMA



FUERA, la somnolencia tranquila de una tarde de verano: zumbido de abejas en torno de colmenas llenas de miel; arrullo de palomas orgullosas del primer vuelo de su cría; rumor de agua entre las cañas de una fuente vieja; perfumes de flores en la brisa. Por todas partes amor, fecundidad y vida. Adentro, el silencio y

semi-obscuridad de celdas estrechas: Cristos doloridos de pies y manos bañados de carmín, pendientes de negras cruces; lechos toscos con pallasas duras y cobertores de áspera bayeta; ráfagas heladas cargadas de humedad y de percán; ecos de suspiros y oraciones. En todo, martirio, esterilidad y muerte.

Es la hora de oración. La campana del convento lanza al aire su voz bronca. Los enclaustrados la oyen y obedientes, abandonan sus quehaceres. Del huerto, de las celdas, la cocina y los talleres, surgen graves, cabizbajos, silenciosos. Ninguno saluda con muestras de alegría la conclusión de las tareas cuotidianas, ninguno se detiene á dar un último retoque. Unos tras otros se deslizan por los pasillos hasta la capilla tenebrosa y sobre sus ladrillos fríos se arrodillan, lentamente, como autómatas movidos por desvencijada maquinaria.

Son los ungidos del Señor: unos cuantos monjes de cabezas rasuradas envueltos en el amplio sayal pardo de los padres franciscanos.

Empiezan á rezar. Sus labios macilentos abortan, inconscientemente casi, las palabras del "Ave y Padre Nuestro", tantas veces repetidas mientras corren por sus dedos á intervalos regulares, las cuentas de sus rosarios ennegrecidos por el uso y los años.

"Ave María Purísima"... "Sin pecado concebida"... "Ave María Purísima"... "Sin pecado concebida"... "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"... El "amén" desfalleciente se pierde en una cascada de notas de harmonium que bajan del coro, aletean sobre las cabezas encapuchadas, entre las imágenes y los pilares del vetusto templo, suben, salen y se alejan camino al cielo.

Es música inspirada. Ya remeda un cántico de guerra con chasquido de armas y bramidos de cañón, llamadas de cornetas límpidas y puras, gemidos de agonía y de dolor. Ya finje canción de primavera con trino de aves y murmurio de torrentes y de brisas, ya jadeo de amor triunfante, ya sollozo de amor perdido.

Los monjes no se mueven. Doblados delante del altar con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos en el suelo, unos meditan, otros meducan, otros recuerdan, otros sueñan, mientras arriba en el coro, tan cerca y sin embargo tan lejos de ellos, el alma atribulada de un hermano gime entre las barras de su destino y sangra por sus dedos.

El no lo sabe; ni tampoco sabe que arde en la música que arranca la llama del genio ni que su fama ya se ha extendido más allá de los murallones carcomidos del convento. Toca para sí, no más. Por el dulce martirio de dar cuerpo á los sueños que pueblan la noche de su alma. A esos sueños de amor y de amistad, de gloria y de riquezas que jamás verá realizados porque ha vendido su libertad á Dios.

Contra la barrera que sus votos han levantado, se estrellan los sueños del joven padre y vuelve á la cruda realidad. Sacude su pecho un oleaje amargo y sus manos tersas y desangradas ruedan del teclado como flores de extramomio derribadas por la conmoción del tallo en que florecen. Temblando y pálido se levanta, cierra el harmonium y empieza á envolverlo en su cubierta de paño negro. Sus dedos finos y nerviosos recorren las aristas, las teclas, la curva de la tapa. Hay mimo en el roce y en la lumbre de sus ojos: el padre ama el instrumento que traduce su nostalgia de libertad y responde tan sabiamente á la

ternura que su corazón sediento y contristado anhela evocar y conferir.

Sobre el convento de la aldea empiezan á extenderse las alas de la noche. El coro está envuelto en sombras. Todo está callado. De las desiertas naves sube un tenue aroma de incienso como mística caricia. Allá en el fondo se destaca la masa incierta del altar mayor. Maquinalmente el padre hinca la rodilla y hace la señal de la cruz. Después se vuelve y sale. El eco de sus pasos resuena por los corredores abandonados y vá á perderse entre las voces de las penumbras.

Más allá de la viña del convento se divisan los techos rojizos y paredes multicolores de las casas de una aldea desparramada sobre el seno de una colina. Con sus jardines repletos de alicantos, dalias, amapolas y alelíes y sus huertos de manzanos, guindos y perales, parecen mariposas gigantescas prendidas sobre un cojín de felpa malva.

...

No es una aldea de gran pasado ni porvenir. Sus habitantes son hombres iletrados que viven de la crianza y de la siembra, para lo cual se prestan las vegas húmedas y fértiles praderas que circundan el cacerío. Algunos son ricos; otros pobres; otros viven en envidiable medianía, pero todos—con una sola excepción—son felices porque son todos sanos y fuertes y todos gozan de libertad, de absoluta libertad. Entre ellos no hay envidia ni rencores; no ambicionan grandezas, ni les importan los problemas que agitan á los que pululan los grandes pueblos. Conformes con sus suerte, respiran á pulmón lleno el aire fresco de sus campos, comen á gusto su frugal comida y se recrean en sus mujeres y sus hijos. Sus días no conocen inquietud ni sus noches remordimiento. Viven contentos al abrigo de sus techos y mueren tranquilos al amparo del convento.

Más de una chiquilla hermosa se nutre en aquella atmósfera de paz y de pureza. Bellas son la Rosaura. la Aurora y la Luz... pero ninguna iguala á la huérfana Moraima que gana su sustento enseñándoles á leer, á contar y á escribir á los niños del lugar. Es blanca y esbelta como un cisne, de labios húmedos y rojos y ojos en que parecen haberse refugiado las sombras de una noche tempestuosa.

Moraima es bella y desgraciada: no sabe quién es ni de dónde viene. Es escrecencia de misterio. Fruto delicado de algún amor ilícito probablemente, pero sin duda inmenso,—ya que los amores más intensos dán los frutos más preciosos. Es la gema de la aldea, la mimada.

La aman con ternura los ancianos que vacían en su oídos las historias de su casi olvidado ayer. La aman con veneración las madres de los pequeñuelos que guían con tanta dulzura por el camino del bien. La aman con respeto y un poco de temor, los mozos de la aldea, para quienes su sonrisa es estímulo codiciado. La aman con entusiasmo las muchachas de su edad que no temen su hermosura ni su gracia porque Moraima no busca amantes. La aman con pasión de hombre... Bernardo... el padre franciscano...

Y es inútil que haga ayunos y vigilias; inútil que trabaje hasta quedar rendido; inútil que deje rastros de azotes en su cuerpo del que destila la sabia de vida día á día: el clamor de su sangre no calla; la imagen de la mujer que ama no se aparta de su pecho.

Despierto, escucha las inflexiones cristalinas de su acento en el vientecillo que pasa suspirando y sorbe en las emanaciones de la yerba y de las flores el hálito de sus labios puros. Dormido, estruja la esencia de sus divinas formas y murmura á sus oídos ternezas que de nadie aprendió.

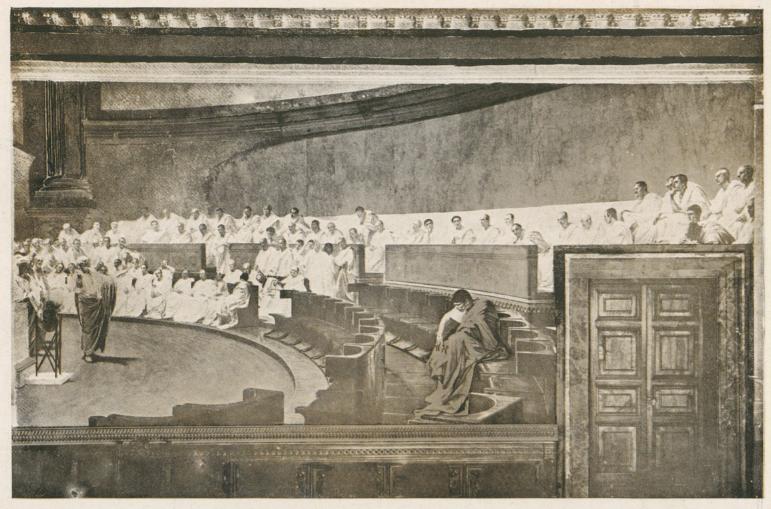
Ella no lo sabe. Talvez nunca lo sepa y más vale así. Pura en pensamientos, hechos y palabras, se desenvuelve como planta de pradera á las caricias del sol; mientras la pobre víctima del error más cruel en sus alcances que los siglos han sacionado, se arrastra escuálido y estragado á la sombra de la casa de Dios.



EL GENIO DE LAS MIL Y UNA NOCHES



INSONDABLE DÓLOR



CICERON Y CATILINA

CESAR MACCARI

El verdadero invierno



ESPUES de la comida, los comensales se distribuyeron por los salones de la espléndida morada del obsequioso señor Véliz. Las damas pasaron con la mayoría de los jóvenes á la sala principal y allí, los aficionados á la música, constituyeron una orquesta. Yo, me quedé en la biblioteca junto al anfitrión, caballero amable y bueno, que atraía con su charla, siempre ingeniosa y aguda, siempre sembrada de

polabras oportunas y expresiones donairosas. El invierno hacía resonar aquella noche todo el lirismo salvaje de una tempestad deshecha. En el cielo negro y hosco, tras el sonoro tableteo del trueno, trazaban los relámpagos sus luminosas rúbricas; la lluvia caía monótona y cansada y el frío, fulminaba sus punzantes agujetas.

Mientras el conjunto musical hacía juguetear en la oquedad de los salones, los compases finos y ágiles de un trozo de Chopin, el dueño de casa y sus amigos se sentían felices en aquel ambiente plácido y templado, donde innúmeras luces, arracimadas en arañas magníficas, arrancaban reflejos sonrientes de los tejuelos de los libros y de los marcos de las telas. Se hacía allí derroche de sprit y buen humor y las anécdotas chistosas y salados comentarios, salían de los labios de todos cual traviesas caravanas de luciérnagas y abejas.

Luego la conversación rodó sobre el Invierno y la tormenta desatada que golpeaba reciamente en los cristales de la galería.

—Con nuestras riquezas y comodidades, debemos convenir que el Invierno no existe para ninguno de nosotros, dijo el señor Veliz. ¿No es verdad, don Ramón?

El anfitrión se dirigía intencionadamente al interpelado que, durante la comida, habíase mostrado entristecido y pensativo.

-Según y conforme, contestó don Ramón.

—¿Cómo, replicó el caballero, no encontráis justicia en lo que afirmo?

—Sólo en parte.

→Explicaos, entonces.

—Bien. A mi modo de ver, el Invierno no existe sino para los pobres y los ricos que lleven en el alma ese otro invierno de la desventura ó del remordimiento.

—Bah! dijo uno de los circunstantes, este don Ramón no deja su filosofía.

—Ni puedo abandonarla, contestó el aludido, menos hoy, en que la verdad de la que formulo, se basa en mi presente situación moral.

—Entonces, dijo otro, la tristeza que os hemos notado proviene de alguna gran desgracia que estáis atravesando?

—A qué negarlo, repuso don Ramón, llevo en el alma una congoja sin nombre, una borrasca impetuosa y por eso, ni el calor afectuoso de la amistad de ustedes, ni las comodidades de mi hogar, atenúan mi frío y mi indecible desagrado. Me encuentro en el invierno, en el verdadero invierno.

—Contadnos vuestra pena, dijo el señor Véliz; los dolores que os acosen también son de nosotros y el pesar, compartido, ya no es tan intenso.

—Gracias. Os referiré brevemente, una historia de desilusiones. Los amigos estrecharon el círculo para oír mejor. Se hizo un mo-

Los amigos estrecharon el circulo para oir mejor. Se hizo un momento de silencio y ansiedad. Afuera retorcíanse los elementos como atacados de histerismo y la orquesta de jóvenes preludiaba delicadamente una rapsodia de Liszt. Se produjo una solemnidad extraña en ese instante en que las almas recogíanse y las melodías afiligranadas de la partitura del maestro, vibraban con las dulzuras de un diálogo amoroso junto al estruendo hirviente y multiforme de la tempestad. Luego, con acento sentimental y perfilando las ideas con sus ademanes, se expresó don Ramón de esta manera:

—En la nueva vida que principié con mi llegada á Santiago y mis estudios universitarios, nada tuvo más honda trascendencia para mi alma que los amores mantenidos con Julia Valdemar. Creo que es inoficioso referiros cómo la conocí y hablaros de mis mariposeos frecuentes al pie de su ventana, del idilio nocturno y de la carta furtiva, que eso forma como el prólogo de toda historia de amor; pero me parece que os interesará saber que á poco de formalizar nuestros anhelos con un mutuo compromiso, alguien me llevó á la casa y me presentó á los suyos.

Era la familia Valdemar de alto linaje y sabía mantener su distinción y tradiciones en el plano de la pobreza estrecha y áspera á que había descendido paso á paso desde holgada situación. Visité tal hogar; fuí ampliamente aceptado; se me concedió la mano de la niña y cuando el matrimonio adquiría el carácter de cercana posibilidad, algo inesperado se alzó como un obstáculo infranqueable sobre mi camino. Una herencia, que no soñaba, llegó á poder de la familia y ella entró inmediatamente á restaurar con empeño febril é incansable su grandeza maltrecha y caída y en tanto se

rodeaba de un fausto principesco, se me alejaba de la casa en una forma diplomática. Era necesario sacrificarnos ante el ara de las conveniencias nuevas. Acaso Julia sentiría en la ruptura sólo un dolor transitorio: llegaban ya á su alma emociones intensas y desconocidas y en la corriente de agitación mundana á que empujábasele, el adulo, con sus palabras de miel y las exquisiteces

enervantes de los refinamientos sociales, quién sabe si me proscribieron por completo de su corazón y su mención. Yo, seguí adorándola, cuando se siente una pasión en la fuerza dominadora de su plenitud ¿qué podrá redimirnos de su influjo avasallante?

Pasaron los años y la prodigalidad abierta de la familia Valdemar, agotó la fortuna recibida. Hace poco se me ha dicho que se en-



LA REINA MARIA TERESA DANDO DE MA-MAR A LA GUAGUA DE UNA POBRE MUJER

cuentra en condiciones que se avecina á la indigencia y yo, enriquecido por mis trabajos de bufete, no puedo ir en auxilio de esa gente desdichada. Si olvidara la forma en que fuí alejado de la casa; si prescindiera de mi dignidad herida; si echara una lápida sobre el hecho de haber sido aceptado y en seguida despedido, me quedan mi vejez y mis enfermedades como barrera indestructible para ofrecer mi mano y mi fortuna á la mujer idolatrada.

Ya véis, señores, cuánta razón tengo para decir que vivo entre rigores invernales. Intereses efímeros cortaron de raíz mi más bella ilusión y mi ideal más caro y hoy, empujado hacia los brazos de la muerte, siento que todo lo glacial y melancólico de los inviernos, desplega en lo secreto de mi ser interno sus coléricas violencias. Circunstancias especiales atan mis manos y refrenan mis impulsos y marcho triste y solo, llevando á cuestas el cadáver de mi erótica esperanza!

La voz del caballero tenía acentos trémulos y conmovidos y al suspender su discurso, me pareció escuchar que cada contertulio, con ese lenguaje inarticulado con que âialogamos en silencio con nosotros mismos, formulaba exclamaciones de sincera compasión.

—Ahora comprenderéis cuál es el verdadero invierno, prosiguió el amigo. Cuando no se ciernen sobre el alma nubarrones y pesares; cuando late el corazón sin sobresaltos ni temores, nunca tienen tristezas ni provocan pesadumbres los trastornos invernales. Los que lloran dolores sin término y sin solución, son los únicos que sienten las tormentas del invierno verdadero. Si el ánimo está alegre, si descansa la conciencia es un estado de feliz tranquilidad ¿qué es el invierno sino una breve situación biológica, sino una variación que abre el paréntesis benéfico é indispensable de una vida de impresiones nuevas al espíritu y al cuerpo?

¿De qué sirven dinero y confort, si durante los días empañados y las noches tenebrosas, si durante toda esa época de rudezas iracundas, los sufrimientos, aceleran dorosamente el martilleo cardíaco.

No siente el Invierno quien solo experimenta sensaciones físicas. Lo que tiene un valor superficial y pasajero; lo accidental, lo subsanable ¿qué significa al lado de lo permanente, junto al dolor irremediable é infinito?

El inverno verdadero es el que siente el alma cuando en ella desatan las congojas sus furiosos aquilones, cuando nievan y miran sinsabores inclemenntes... Si hay desolación en nuestra vida interna; si nuestra angustia es tan grave que no admite consuelo, entonces y nada más que entonces sentiremos que el frío nos tortura con sus fustas despiadadas. Por eso existe para mí el invierno; por eso existe para el pobre extranjero que lleva en tierra extraña la nostalgia constante y profunda de la patria y la familia; para el enfermo que se acoge al tibio nido que la Caridad le proporcio-

na en una sala hospitalaria; para el huérfano que ahoga su fastidio en la soledad impeturbable de su alcoba silenciosa!

Yo rico y poseedor de comodidades, siento, merced á mis cuitas, las rudezas del invierno. Y nada, ni el abrigo acariciante de las sedas y la estufa, ni el banquete abundante y variado, ni la reunión festiva y reidora, harán llegar tibiesas y alegrías á mi pecho donde azota el huracán del infortunio. En cambio, qué distinto para los felices para esa bella juventud que ríe y toca. Para ella no existe el invierno, lo demuestra ahora mismo, como yo demuestro con mi historia y con mi ejemplo que existe unicamente para todo desgraciado.

Quien viva sin tribulaciones, ya en la atmósfera abrigada y grata de un palacio, ya en el medio desnudo y estrecho de una hubardilla, podría sentir con más ó menos fuerza impresiones materiales; pero ellas son distintas, muy distintas del dolor moral.

Cuántos indigentes que nunca se han desviado del riel de la justicia y de la rectitud, cuántos seres mendicantes que nunca han sentido en la conciencia la voz acusadora de una culpa no están tranquilos y hasta alegres en sus covachas míseras y desoladas, mientras muchos potentados reciben el flagelante azote de un remordimiento en el recinto placentero de sus grandes casas!

El invierno es grato ó no, según sea rosa ó gris el horizonte subgetivo. Entre el mundo de las cosas y nuestra humana percepción interpónese el espíritu y nada nos es dado considerar sino á través de su tamiz.

través de su tamiz. Guardó silencio el orador. Su voz temblaba al exponer sus argumentos y sus palabras afluían empapadas en acíbar. Los circunstantes penetraron en la razón de sus observaciones y notaron que ellos mismos evidenciaban la verdad de lo escuchado. Mientras el Invierno desplegaba afuera sus rigores tormentosos, mientras el frío y la lluvia celebraban su connubio, todos se habían asociado á la comida y á la fiesta con alegre complacencia. Sólo al oír á don Ramón-al que ponía una nota melancólica entre el alborozo del concurso-habían sentido un malestar muy vago, muy indefinible, come un dogal en la garganta... Talvez recordaron que las veces en que estremeciéronse de frío fué al cruzar por una crisis dolorosa: acaso comprendieron que sus canas eran nieve, que el infortunio ⊣el invierno de la vida—había materializado en sus cabezas su huella y su influencia. Todos evocaban sus inviernos y quedaron pensativos y preocupados. Pero entonces los jóvenes, cual si adivinaran lo que pasaba en el salón vecino y quisieran distraer el abatimiento que amontonaba su nube cenicienta sobre la frente de los viejos, les enviaron en las alas de cadencias diáfanas y sublimes ritmos, la poesía consoladora y majestuosa del Fidelio de Beethóven.

GUILLERMO MUÑOZ MEDINA.



EL REGRESO



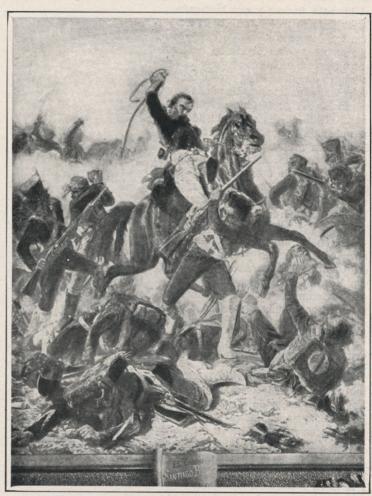
Recordando esta batalla temblorosamente siento los anhelos indecible de mi asombro y de mi pasmo, nervioso estremecimiento, exhalación de entusiasmo, alegría de las glorias, algo de enternecimiento! Si estuviera al alcance de mi mano, tremolara con un gesto de un orgullo soberano la bandera de la patria, y en canciones yo irrumpiera en loor de la banderá!

Si está frente de mí mismo, de mis ojos, este campo de batalla, que doradamente envuelto por un lampo de sol, se desdobla y tiende á la manera de una alfombra cuyos flecos son las largas alamedas en la sombra. Si diviso las colinas un camino á lo lejos que dejaron en su huída las neblinas, y los viejos caserones de Lo Espejo, ya muy viejos; si adivino el olor de los romeros y la menta que el aljófar del rocío sus perfumes acrecienta.

Si delante de mis ojos van tendiéndose en losanje los de Burgos, los Infantes, los de Osorio, la falanje realista, marcialmente, con silencios de amenaza. erizada con aceros que abrevaron su sedienta lengua blanca en la sangre que transpasa las casacas de franceses, que corría roja y lenta, en la rota de Bailén. En avance de ira fosca allá se ven culebrillas que se enfilan, resplandor de tercerolas. escuadrones que se enroscan como sauros. los morriones y plumeros que hacen olas en las testas orgullosas de millares de centauros. Y en avance, frente á frente, en una línea paralela, con las alas desplegadas el ejército glorioso de la patria se desliza y en un vuelo, raudo vuela; el ejército patriota, un coloso que en la fe de su victoria rudamente se abroquela Los montajes y cureñas chirrian, crujen sordamente, las espuelas tintinean en las botas granaderas. mientras piafan y escarcean en bullente paso vivo los corceles y flamean las banderas. ¿A quién llaman las banderas que hacen señas orgullosas? A la Muerte y á la Gloria que á los lejos se divisan coronadas con sus rosas más sangrientas. Y la muerte, más ligera, la soberbia, no la enclenque, la primera en silencio se presenta gentilmente en el palenque.

La señal... Y comienzan los nuestros el duelo terrible que nada intimida, y bizarros, augustos y diestros conquistan laureles ó rinden la vida.. Los obuses entonan en coro su bronco salterio que vibra cien veces. Las cortinas de humos el oro del sol ya lo empañan. Así como reses que desploma un pesado martillo y mugen partidas de un golpe las frentes, con los ojos abiertos sin brillo.

los bravos guerreros se abaten furentes.
Un ejército y otro en el choque
derraman en caños la sangre purpúrea:
dos montañas que chocan en bloque
no son más tremendas en ímpetu y furia
Con los muertos y heridos sembrada
la pampa se mira por todo el deslinde.
La metralla, el fusil y la espada
porfían sin tregua por ver quién se rinde.
Es de un épico error el degüello



La carga del coronel Bueras.-Cuadro de Pedro Carmona

que incitan los áureos y largos clarines y ululantes, jadeante el resuello á paso de carga van los paladines..

No temen los patriotas el beso de la muerte; lo buscan como amantes que anhelan un placer, porque ella cuando viene quebranta esclavitudes y besa con sus labios tan dulces como miel. Por causas que son justas, en aras de la patria redime, salva y canta con lírica altivez y tiene las ternuras sagradas de una madre, profanas laxitudes de diosa y de mujer. Porque ella es más hermosa, mejor que con su falce, con ramos de laurel: benigna es su mirada, de seda su palabra, su abrazo estrecho y blando como un supremo bien. Por eso cuando pasa con sumas gallardías se extinguen los rencores y fugan en tropel

las Iras y Venganzas, y se alza la Inviolada triunfante en su pavés. La Muerte á los guerreros que caen por la patria les forma con banderas magnífico dosel y pasa el alma heroica debajo de esta gloria con majestad más grande que el alma de un gran rey. Mentira que la Muerte en el campo de batalla es dolorosa y cruel: más tierna y más hermosa, consoladora y buena, como una virgen es...

Y entre el hirviente Malstrom de la lucha, entre nubes flamígeras avanzan los que comanda el coronel Las Heras: mientras el bravo comandante Blanco con el tonante estrépito del trueno asorda, con su bronca artillería. los montes y los llanos, y dispersa las apretadas filas enemigas. Mas, ¿qué es aquello? ¿Nubarrón que azota el huracán furioso y que tremendo hacia los nuestros velozmente corre? Son los dragones godos de Morgado que en un impetu de ira se avalanzan, como la res herida que se ciega y contra el picador dá su embestida. Pero los granaderos de Encalada y granaderos de Medina cargan y con el filo de sus sables hienden el nubarrón compacto de corceles. Los sables granaderos martillean como si fueran combos en un yunque y las cabezas de dragones saltan como cabezas de Medusas rojas, como cabezas de Medusas muertas. ¡Y el ala izquierda realista, rota!

Allá en las lomas bajas á derecha mirad. Es Alvarado y sus infantes: sus cazadores de los Andes trepan con ligereza de hábiles vicuñas que tuvieran las fuerzas de bravíos y montaraces pumas, y es su ataque sangriento, redoblado y vigoroso, v arrollan á su paso cuanto encuentran: pero van á estrellarse contra Ordóñez y su muralla de Arequipa y Burgos, y es impotente el formidable empuje contra las fuerzas veteranas triples. Hay un momento de angustiosa duda. Mirad! Esa es la misma que detiene á la ola que encuentra en su avanzada el paredón de rocas de un escollo: golpea, retrocede, como un tigre en la morena tierra hinca la garra y salta en prodigioso, incontenible salto, y nadie sus fuerzas las resiste, no de otro modo los chilenos hacen. Alvarado desciende una colina y á sus infantes sus palabras dice: "No temáis, cazadores de los Andes! otro empuje no más y la victoria se entregará rendida á nuestro abrazo. La Victoria es majer y ella se entreta á los valientes de valor intrépido y corazón magnánimo!"-Y entonces un estremecimiento de coraje despiertan estas bélicas palabras, cuva tremenda acentuación la pone la artillería de Borgoño á truenos con mil admirativos de metralla y mil deslumbramientos de entusiasmos.

Vuelven los cazadores al ataque, con los Infantes de la Patria vuelven; y el Coquimbo también á sostenerlos en un épico empuje se adelanta: y contra Ordoñez y los suyos cierran en una vigorosa acometida. Contempla San Martin desde una cumbre el esfuerzo supremo de los suyos, la ciega lucha en su furor sin nombre; pero sereno como el cóndor mira de su invisible pabellón de nubes del mar á la montaña hasta la hondura. Contempla San Martin, y con un gesto de esos que pone Dios en los videntes, hacia la gloria su reserva lanza. -¡Hacia la golria!—grita á la cabeza de sus tres batallones de leones que "¡hacia la gloria por la patria!" gritan y hacen temblar la tierra con su estruendo y tenderse como alas las banderas!

Los cazadores de Freire y Bueras van como el rayo, rajan y parten, destrozan, matan, rugen y tienen la ligereza de un samoun:
y Bueras cae bañado en sangre, el arrogante y el temerario, con una bala de un arcabúz.
Los artilleros también avanzan, los de Borgoño con los de Blanco, sembrando estragos y abriendo brechas y en cada flanco del español, y en una carga de bayonetas sin miedo á nada la infantería es un prodigio, pero feroz.

Las tropas realistas también hacen prodigios con Primo de Rivera y Ordoñez á la par cercados y estrechados se baten con denuedo y no se cansan nunca de herir y de pelear. La sangre corre á ríos; millones de cadáveres aplastan los que anhelan vencer ó sucumbir y forman una orquesta cañones, alaridos, fusiles y tambores y toques de clarín,

Y de pronto bravamente se alza un grito que repite y que dilata el infinito: es el grito de "¡Victoria!" que es el mismo que hace un siglo se dilata en nuestra Historia. Y los godos retroceden lentamente estrechando bien sus cuadros en un duelo paladino frente á frente de los nuestros que los diezman, que les clavan los taladros de sus tersas bayonetas, que á las voces de ";victoria!" centuplican sus corajes de leones y de atletas... En seguida es la huída á las chacras de Lo Espejo y resuenan más que un trueno los hosannas y las voces "; Viva Chile! . . . ; Ya la Patria sí que es libre!" . . . Y las hoces (las espadas y los sables) tienen todas un reflejo de oro y púrpura. Es entonces cuando llegan las milicias con O'Higgin que aunque herido no ha querido dejar solo en la batalla á San Martin. Y á los gritos de "¡victoria!" los dos hijos de la gloria en abrazo estrecho y fuerte compartieron su alegría, creadores de la Patria, y del sol de un nuevo día!

A. BORQUEZ SOLAR.



Amar y ser amado

Empezaré por confesaros, amiga mía, que esta conversación (disertación, diríamos más bien), sobre el amor, me desorienta por completo.

-¿Y por qué, si gustáis?

—Hace un lustro, por lo menos, que ni en lo que escribo, en lo que leo, en lo que hablo...ni aún en lo que pienso, aparece el amor para nada. En los salones ni quien lo miente; sería la peor de las cursilerías; en las novelas ni de quien de él trate, porque todo está redicho y repintado en este género, que lo que pudiera de él insinuarse, á nadie interesa; en el teatro ha desaparecido, á menos que se llame amor á ese intrincado, vario y perpetuo conflicto de adulterio con que nos obsequian liberalmente los autores;... en el alma de la juventud no se vislumbra el amor tampoco. Nosotros, que nos casábamos antes á la americana, es decir, con la mujer que nos gustaba más, nos casamos hoy á la europea: el matrimonio se arregla en el despacho de los papás. Por amor ya no se casan más que los archiduques de Austria, últimos abencerrajes del ensueño. Esos, aún te llevan, oh, Dios, en sus pupilas pensativas, de profundo azul habsburgo...

-Exageráis. Hay otros príncipes y princesas que por amor se despojan á sí mismo.

—Cierto, la volandera crónica mundana nos cuenta á veces de pastoras que son amadas por hijos y nietos de reyes... Mas los simples mortales no los imitan. Un pollo de veinte años se creería en el mayor de los ridículos, ¡si hablase de amor siquiera! ¿Y así, señora, os atrevéis á preguntarme, á mí, poeta maduro, poeta otoñal, en el estricto sentido de la palabra, poeta en cuyos mostachos hay ya los clásicos "poivre et sel", si prefiero amar á ser amado?... ¡Ah! buena amiga mía, en estos momentos somos horriblemente anacrónicos... Estamos "demodés", nos hemos vuelto 1830... Por fortuna, todos hablan ó se restauran en el comedor Nadie nos mira, nadie nos oye...

Pues bien, yo, señora, prefiero amar...

-; A ser amado?

-Exactamente.

-¿Y por qué?

-¿Qué puedo alegar sino viejas razones cuando me hacéis una tan vieja pregunta? Contemplad por un momento al que es amado, y compadecedlo. Las solicitudes lo rodean y lo persiguen, hasta desesperarlo á fuerza de tedio. Los besos, que para otros labios serían pétalos de flor, ó mariposas, ó quizás libélulas, son para el moscas, cinifes, cuyo zumbido destroza los nervios. Su propia frialdad enciende el deseo de la enamorada, el cual, naturalmente, está en razón inversa de la parsimonia del amado. Los celos de ella ciñenlo como sierpes y esclavizanlo como cepos. Ojos suspicaces lo acechan. Naríz de alas finas y temblorosas, pretende percibir en él á cada paso el olor del pecado.—"Este perfume no es el mío-le dicen. ¡Has estado, pues, con otra!" La tragedia gravi ta sobre su vida. ¡Lo aman! es decir, no se pertenece; es decir, de por vida lo han condenado á prisión. A cada paso ha de surgir de los labios amantes la consabida y ridícula pregunta: - ¿Me quieres?-y el grotesco reproche:-";Ay! ;bien se ve que no, que ya no me quieres como antes!"

Obligado á mentir, el mísero supliciado lo hace cada vez de peor gana.

A veces, por la zona de su ensueño pasa la imagen de otra mujer... La ha visto un día á la puerta de un almacén. Aún recuerda mal de su grado, el ritmo del andar ágil y el timbre de aquella divina voz de contralto al saludar á una amiga... La hubiera seguido; ¡más, para qué! Prefiere el aburrido limbo conyugal al infierno. Le horrorizan las escenas domésticas, por vulgares y por tontas... y se aplica el pobre á obliterar y abolir imágenes yedadas!

-Más ¿por qué se casó?...

—Porque confundió el aspecto de la rosa con la rosa misma; el brillo de la nube iluminada con el foco de la luz que la iluminaba. Erró muchas veces, antes de casarse, en sus años mozos, con errores de mayor cuantía, y pudo repararlos. Este del matrimonio no tiene, en cambio, reparación posible, con haber sido tan fácil, el más fácil de cometer...

"Erravimus dumque", tendrá que decir por siempre jamás, como diz que dicen los condenados á quienes por momentáneos y semi-conscientes yerros de hormiga, se destina á vivir abrazados, toda una eternidad, por un fuego que, para morder almas, se ha vuelto inteligente, según la expresión de la teología...

-Queda el divorcio...

—¿Y para qué, si provoca sólo el escándalo, las hablillas avinagradas, el reproche de las buenas gentes, en nuestros países hispanos? Un divorcio que trae aparejadas escenas de lágrimas y recriminaciones y ninguna compensación en cambio! Un divorcio que alarga la cadena, pero que no la rompe...

Más, invertid ahora los términos, señora mía: él es quien ama...

-Hará ella entonces de víctima.

—¡Cierto, pero como la mujer es un delicioso ser pasivo; como á pesar de todo, la halaga gustar y ser amada, esta víctima es menos digna de lástima! Para él en cambio, ¡qué impensado é inenarrable deliquio!

Roba los besos, pero cada uno de los que roba, es hidromie! mezclada con ambrosía. Hurta la posesión, acaso resignada y distraída, de la que se da por deber; mas las llamas de su deseo no se curan de la frialdad que se les opone; la licúan y deshacen instantáneamente! Lo que adora es suyo; las leyes todas y los usos de los hombres se han concertado para arrojar en sus brazos á aquella mujer; ultra-perfecta, puesto que él la viste con los mejores terciopelos y piedras y damascos de su ilusión; la más bella de todas, pues que sobre todas él la ama... En cuanto á ella, se acomodará fácilmente á su papel de ídolo, que no es del todo desdeñable... y si en lo hondo de su ánima, hay un hueco que quiere llenarse con ternuras sentidas... los hijos vendrán á colmarlo y hasta á hacer que rebose... ¿Estáis convencida, amiga mía?

—;Sí, señor poeta: y quiero ser amada!

—Pero la duquesa os busca... Es la una. Todos se van... Siempre á vuestros pies... No volveremos á hablar de esto, ¿verdad?

—; Quién sabe!... Quizás una que otra vez, cuando nadie nos oiga, tengamos derecho á un poquitín de cursilería...

AMADO NERVO.





LA REINA MARGARITA DE ANJOU Y EL LADRON

J. DOYLE PENROSE

EL ARTE DE LA VIDA

He leído recientemente algunos libros de metafísica y algunos de sociología, cuyas páginas han conturbado mi espíritu emocional, siempre despierto para la angustia del combate interior; después, un drama en que la pasión amorosa al florecer bajo el trópico, arrastra una serena y fuerte juventud por modo fatal hacia el delirio, y cuando, en la escena postrera, una ola hirviente y vívida salta del níveo cuello de la heroína y tiende su púrpura sobre el césped, me he preguntado si es necesaria honda reflexión en lo que atañe al secreto de esos conflictos cuya lógica hace estremecer nuestro ánimo.

De todas maneras, encuentro en los libros de mi última lectura una revelación de combate y de fuerzas. Importa saber que en el termómetro pasional tanto vale la fiebre de los espíritus que buscan la verdad—"una verdad"—con prolijos afanes, y cuando la han encontrado gritan alto para que se la oigan, como el desquiciamiento psíquico y la convulsión de los músculos y de los nervios sacudidos por la corriente del amor.

Hay algunos momentos de meditación, á la hora en que la fatiga nos extenúa y en que una vaga sensación de miedo nos oprime, durante los cuales querríamos detenernos en un ribazo de silencio y quietud á donde no pudiese llegar el soplo de la vida, que es lucha sin tregua. Pero esto sería imposible. Por la pasión hemos nacido, por ella somos capaces de elevarnos sobre nuestra miseria cotidiana para escrutar el horizonte en busca de ideales radiosos. Ella es la que determina nuestra individualidad. Por ella aspiramos á conocer el secreto de la articipado de la He leído recientemente algunos libros de metafísica

busca de ideales radiosos. Ella es la que determina nuestra in-dividualidad. Por ella aspiramos á conocer el secreto de la ar-monía universal. Por ella nuestro espíritu se pone á vibrar cuando la hembra viene, cuando el milagro de la savia renueva las yemas de los árboles, cuando cae la noche y el cielo se florece de ópalos.

Hé aquí, pues, que no podemos sustraernos al sacudimiento benéfico de la pasión—resorte de la vida—sin anular lo que en nosotros representa el más alto valor. Declaro ingénuamente que guardo como tesoro esplendoroso el sedimiento de alegría que guardo como tesoro esplendoroso el sedimiento de alegría y de dolor que han ido dejando en mi espíritu las luchas de la juventud?—Quién que se haya sentido vivir no piensa de esta manera?—El afán de explicarnos por el estudio y la meditación lo que significa la existencia de las cosas—desde los cuerpos microscópicos hasta las grandes masas de materia que se mueven en los círculos del espacio.—El afán de explicarnos la existencia del espacio mismo.—El afán de mejorar las condiciones vitales para que la humana familia encuentre menos áspera la peregrinación.—El afán de perpetuar nuestra propia individualidad por el espasmo de la carne y por el dolor del espíritu... Todo ello nos cautiva y nos halaga y por realizarlo luchamos hasta la muerte.

muerte. Esta lucha perenne, que se renueva á través de todos los Esta lucha perenne, que se renueva a traves de todos los tiempos, parece, sin embargo, no tener un objeto conocido distinto de sí misma. De ahí que no hayamos podido conocer los códigos de una alta, de una incontrovertible sapiduría que regule el movimiento de las pasiones humanas; y como no sea por la virtud de un equilibrio que apenas podemos entrever, es vano empeño buscar explicación á las grandes corrientes de la pasión y de la vida.

Ahora pregunto: ¿por qué se nos habla del "arte de vivir"

en todos los tonos y con una insistencia abrumadora? Como no sea obrar bajo el impulso de las grandes fuerzas pasionales, moverse bajo el cielo, amar, delirar, soñar, y por el amor, el delirio y el ensueño coronarnos de espinas, yo no concibo qué es la vida. Entiendo únicamente que vosotros, los que dáis pauta y señaláis camino y ordenáis estandartes sois movidos, sin comprenderlo, por la misma fuerza que á todos nos lleva y nos trae sin descanso.

Es probable que muchos espíritus convencidos se incorporen

Es probable que muchos espíritus convencidos se incorporen con un poco de asombro para hablarnos en nombre de la verdad, en nombre de las teorías, y que á más de su dialéctica maravillosa nos sorprenda el poder convencional de los ejemplos. Pero qué importa! Más que todas las dialécticas dice á nuestra seguridad la respuesta de los que han ido por este laborinto impulsados por el vandabal de la vida.

nuestra seguridad la respuesta de los que han ido por este laberinto, impulsados por el vendabal de la vida...

Intrépido general, que consumiste en las campañas el vigor de la juventud, y viste las rojas rosas de la sangre erigirse sobre el polvo de los caminos; tú, que pasaste bajo una inclemencia—la del sol; bajo un rencor—el de la fiebre; bajo una inmisericordia—la del plomo, y ahora, al tocar en la ciudad bulliciosa tienes bajo los lauros trágicos el cabello de nieve, y en las noches padeces insomnio, y en las tardes tristeza y dolor de añoranza ¿has sabido vivir?

Tú, filósofo austero y moralista intransigente, no rendido en la brega por llevar el humano rebaño hacia rediles milagrosos.

Tú, filósofo austero y moralista intransigente, no rendido en la brega por llevar el humano rebaño hacia rediles milagrosos, y que en la hora más imprevista ves cómo un grito de rebelión pasa estremeciendo las conciencias y atrae y subyuga los corazones ¿has sabido vivir?

Tú, hombre absorto y mudo, que en las noches atisbas desde tu blanca torre de silencio por inquirir el secreto de la mecánica celeste ¿llega ahora el cometa luminoso que tu ciencia esperaba? Pero ha de pasar y tu carne perecedera no sostendrá el espíritu hasta el regreso del bohemio celeste, y por ello una congoja te asesina y un doloroso rencor te punza el ánimo... ¿dí, has sabido vivir?

Tú, noble señor que desoíste el oro y la mujer por inclinar-

Tú, noble señor que desoíste el oro y la mujer por inclinar-te en el laboratorio sobre las redomas de la experimentación para encontrar un milígramo de verdad ¿has sabido vivir?

para encontrar un milígramo de verdad ¿has sabido vivir?

Avaro terco y gruñón á quien corroe una sed insaciable, has perdido tus años de juventud acaparando el tesoro, y ahora es cuando hiere en tu oído la sentencia del poeta: "Hemos de dejar la tierra y la familia y la esposa complaciente; y á tí, efímero señor, no te seguirá ninguno de los árboles que cultivas sino los cipreces". Dí, avaro terco, pobre avaro ¿has sabido vivir?

Por distintos senderos, todos venimos á parar en esta sombría latitud en donde los ojos se empañan y el corazón deja de palpitar, empujado por la fuerza de las pasiones que alimentaron nuestra vida, y no podemos oponer á esta verdad ninguna otra...

otra...
Oid vosotros, los profesores misericordiosos que ostigáis á la juventud ensoñadora y ardiente con el regaño y la filípica y la amonestación: como no sea obrar bajo el influjo de las grandes fuerzas pasionales, moverse, amar, delirar, luchar, y por el amor, el delirio y el ensueño coronarnos de espinas, no se concibe qué es la vida...

RICARDO ARENALES.

La Colección del General Mosser en Carlotensfeld

Acampado sobre el sitio de una antigua fortaleza, cuyas ruinas parecen, por acá y por allá, sobre la verdura del parque, y, dominando el alto Rhin que describe á sus pies una amplia curva an-

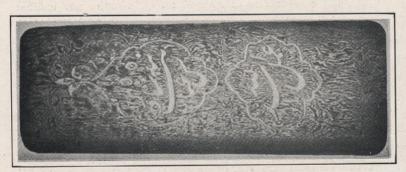
Armaduras damasquinadas en oro y plata

tes de llegar á las famosas caídas, el castillo de Charlotenburg goza sobre el valle de Shaffou de una vista incomparable.

El visitante que se arranca á las bellezas encantadoras del panorama verdaderamente maravilloso, para penetrar al castillo, vé sucederse una serie de sorpresas tales que cree vivir en el centro de la Mil y una Noches. Entorno suyo, por todas partes vé el Oriente con su encanto prestigioso, un oriente que jamás se soñara en un rincón de la Suiza septentrional.

Bronces finamente cincelados, muebles incrustados en marfil, y en nácar, sederías de colores inimitables, tapices antiguos de los cuales nada ha podido alterar el dulce color, manuscritos persas con miniaturas, faiences de colores irisados, todo concurre á formar un conjunto, inaudito, arreglado con un arte que redunda en honor del organizador de semejantes maravillas. Sería bien dificil formar hoy día semejante conjunto del arte oriental; la fuente juzgada inagotable comienza ya á agotarse, y los orientales mismos vienen á rescatar sobre nuestros mercados sus hermosas piezas antiguas que ya no se encuentra entre ellos.

El general Mosser ha tenido la suerte de iniciarla en el momento oportuno. Sus dos viajes al Asia Central, en 1868 y en 1873, cuya publicación en 1875 exitó un interés tan vivo, le dió notoriedad y le proporcionó, además, un importante núcleo. Las relaciones que se había formado en Persia y en el Turquestán, aumentaron bien pronto. Prisionero del Emir de Bukara, supo, después de algunos meses de prisión, ganarse las buenas gracias de este soberano. En vez de los suplicios que temía—pues el verdugo se hallaba al lado del soberano, con la espada desenvainada,—recibió la ordén de la estrella de Bukara, un khalat de honor—túnica—y una espada de honor,—esos regalos no son las piezas menos interesan-



La marea de Assadou' Llah

tes de su colección. Pudo en seguida adquirir las piezas más raras en ese país de penetración tan difícil.

Más tarde, una dilatada permanencia en Bosnia le permitió agregar esas curiosas armas de los Balkanes que tienen con el armamento asiático tan estrecho parentesco. Por último, un viaje á Ceylán y á la India, emprendido con ese sólo objeto, le procuró los tipos indúes que todavía le faltaban. Mientras tanto una serie de ventas en el Hotel Druot y en todas las ciudades de Europa, le permitían completar una colección verdaderamente única en su género.

Las armas parecen haber tenido sus preferencias, pues forman por sí solas lo mejor de la colección, y un verdadero museo en el cual se encuentran representadas casi todas las ciudades de Asia Occidental y Meridional; un poco menos rica en la parte del extremo oriente, cuenta, sin embargo, piezas escogidas en la sección China y Japón, especialmente una serie de platos ríquisimos de mesa.

Todas las manifestaciones del arte oriental, tan variado y tan complejo, se encuentran reunidas en esta sala y ninguna otra serie de objetos podría mostrarse bajo todas sus fases tan bien como una colección de armas. Para el oriente el arma ha continuado siendo lo que fué en otro tiempo para el europeo, el lujo del hombre. Nada es demasiado hermoso para ellas, todas las artes concurren á su adorno. Lo propio acaeció en otro tiempo en Europa; es esa una faz de todas las civilizaciones no sometidas aún al preaccinio de la industria.

Las armas blancas presentan en Charlotenburg una serie bien completa y de riqueza extraordinaria. Y más aún que sus empuñaduras desmaquinadas y esmaltadas y recubiertas de piedras preciosas, lo que el general muestra con mayor orgullo, son sus hojas.

Existen entre ellas, con mútiples variantes, todos los tipos de ese damasco del cual ha guardado su secreto el Oriente, y que hoy día ha sido casi penetrado gracias á los trabajos del duque de Luines y de Anonsoff, los damascos frisudos de Turquía, venados co-



Jinete de Boukhara



Puñales con mango de jaspe é incrustaciones de piedras preciosas

mo ágatas ó malaquitas, los damascos fundidos en Persia, de moirées como las sederías de las cuales tienen los relojes cambiantes, los damascos de cuarenta escalones, los más bellos de todos, así llamados por las rayaduras del metal, obtenidas en las cristalizaciones por una vuelta de mano que tiene algo del prodigio, y que conmemoran la escala mística del sueño de Jacob. Por último, los damascos de Malasia de aspecto corroído, y de fibras rugosas—todos serpentean en caprichosos arabescos.

Y la decoración de la mayor parte de esas lamas es digna de su metal. Grabadas y aún cinceladas en fuertes relieves, damasquinadas en oro ó en plata, á veces incrustadas en gemas, rivalizan con sus más ricas empuñaduras. Piérdese de vista el aspecto mortífero del arma; el ojo no percibe más que una joya, á menudo una obra maestra.

Por consiguiente los maestros de los talleres de los cuales salían, podían estar orgullosos de ellas y también podían firmarlas buena cantidad de esas armas llevan la firma de su autor. De todas las firmas de esas hojas orientales acaso la más célebre sea la de Asandulila de Yspahan, el famoso armero de Sha Abass el Grande. Está incrustada en oro en el damasco de los sables más curiosos de la colección Mosser.

Junto á esas hojas asombrosas, las armas defensivas interesan por la extremada variedad de sus formas y de sus contexturas. Aquí aparecen armaduras de nízaros, de placas de acero reunidas por ligaduras de acero y mallas, que evocan los sangrientos recuerdos de las matanzas de 1822; por allá la cota de mallas circaciana, semejante á ciertas armaduras del tiempo de las cruzadas; más lejos las corazas de Iran, masquinadas primorosamente, hacen comprender el término de cuatro reflejos con que se las domina entre los orientales; más lejos aún hay armaduras japonesas de samurais, laqueadas de oro, coronadas por cascos de antenas que recuerdan los versos de José María de Heredia.

Por otras partes se presentan rodelas en medio de las cuales se

abre la tarasca de algún mostruo, ó sobre las cuales serpetean lazos de cuerdas repujadas sobre el metal; estandartes islámicos en acero, que muestran al través de sus inscripciones verdaderos encajes de metal, con caracteres persas que por sí solos serían una maravilla de decoración.

En seguida vienen piezas que ponen en relieve la habilidad de los artifices árabes; escudos transparentes en piel de rinocerontes que permiten pasar la luz y están á prueba de las armas mejor templadas. Hay hachas de acero damasquinadas cuya hoja resuena como si fuera un gong, con el simple contacto del dedo; hay en fin los famosos arcos que abandonados á sí mismos se revuelven en círculo en sentido inverso al de su atención.

Eran célebres en otro tiempo con el nombre de arcos turcos, pagándoseles á precio de oro y alcanzaban distancias que dejan muy atrás á las de los arcos ingleses—un arco turco ensayado hace pocos años por un aficionado alcanzó una distancia de setecientos metros. Todas las piezas de semejante colección merecen una descripción particular.

En el catálogo de las piezas de la colección Mosser se ha trabajado cuatro años y parece que pronto será concluído.

En vano las colecciones de arte musulmán se han multiplicado durante los últimos años; los autores que han tratado de ella man temido herirse tocándolas con los puntos de su pluma.

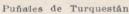
El estudio de las armas de Asia es sin embargo de los más interesantes; si los aficionados a las armas antiguas no se desviasen sistemáticamente del cuadro de sus investigaciones notarían pronto que se engañan al creer que esto no se relaciona con su arte. Cuántos interesantísimos acercamientos hay que hacer entre las antiguas armas de Europa y las de Asia, y cuántas constataciones no nacerían de comparaciones semejantes. En todo tiempo Asia y Europa han tenido acercamientos y mutuas relaciones en la materia.

Los sables del Cáucaso han sido muchas veces montados con hojas europeas; los circacianos han sido aficionados á las hojas de Solíngen y de Génova. Si Turquía y Persia han estado excentas de



Puñales decorados con esmaltes







Puñales con pomo de marfil

ésto, se debe á la reconocida superioridad de las hojas de damasco, y también á la curva exagerada de sus armas blancas. La India en cambio, ha juntado en muchas ocasiones sobre sus espléndidas empuñaduras, lamas europeas. Los coleccionistas europeos podrían encontrar en las hojas de acero formas que parecen remontar á las cruzadas. La China misma, por cerrada que parezca á los europeos, en más de una ocasión se ha valido de hojas europeas.

La recíproca es verdadera, como dicen los matemáticos, y Europa no ha dejado de emprestar á Damasco sus célebres hojas. Las Cruzadas dieron á conocer las condiciones extraordinarias de esas espadas. La prueba de la piezas de seda arrojada al aire y cortada con el sable, ha maravillado á los europeos sin que lograran repetirla con los sables de su país; es que los orientales tienen un mordiente especial, imposible de obtener con los aceros mejores; en consecuencia, el llevar las cimitarras orientales estuvo de moda en Génova y en Venecia, así como en las Escalas de Levante. Los pintores italianos del siglo quince y del dieciseis nos muestran á menu do en sus personajes esas armas recorbadas, y los más grandes señores deseaban poseerlas.

No se limitaron á usar armas orientales sino que encomendaron las del tipo europeo á Damasco; lo mismo debía hacerse más tarde en la India con las porcelanas, pidiéndolas con los escudos de las más grandes familias europeas. Entre otras podemos citar la espada del célebre Emanuel Filiberto de Saboya, cuya hoja se conserva en el museo de Turín. Ha sido forjada con el más hermoso damasco y damasquinada en oro y plata.

(Arreglo de F. R.)-C. BUT.

DIABOLICA

Dolorosamente sorprendida contemplé á mi querida amiga, la hermosa Gracia.

¡Cielos! ¿Qué se ha hecho aquel adorable candor que era su mayor encanto? Su causticidad encubierta bajo una refinada coquetería, es inconcebible en una niña de su edad, y sus toilettes llamativas pasan ya de los límites de la decencia.

Con el derecho de mi cariño le reprocho su incalificable conducta. Aquellas pupilas obscuras, grandes y hermosas que poco antes lanzaban fatídicos resplandores, fíjanse en mi casi tiernamente y sin alterarse, me dice, cou su voz llena de misteriosas armonías: "¿Te acuerdas?... Era yo una chiquilla sentimental hasta la exageración, una sombra quejumbroza que mis admiradores juzgaban "interesante"...

Amé con ciega idolatría, con la pasión primera y última de mi vida...; Necia!... Cuando creí alcanzar la dicha entrega-

da á los más encantadores ensueños, fuí traicionada alevosamente, escarnecida y despreciada...

Caí de las alturas quiméricas á las ásperas sinuosidades de la vida real... Le corté las alas al "pájaro azul" que susurraba á mi oído endechas de amor, y mi corazón se cerró para siempre, petrificade por el hastío y el cansancio...

Sonriendo con imperturbable serenidad, ahora lucho con los dolores de la existencia, con las frías realidades del mundo...

La romántica cursi, la melancólica soñadora, es hoy una burlona mordaz é implacable...

El pasado ha muerto. El porvenir empieza..

Y así diciendo, su rostro adquirió la fatal belleza del ángel malo... Brillando en sus ojos la llama sombría de la venganza, con sonrisa satánica, se dirigió á la puerta, sin otra despedida que un ademán glacial y desdeñoso...

LA VIUDA

-Mamá,-dije mientras vestía yo mi muñeca:-Paz, nuestra vecina, no tiene cara de viuda,

-¿Por qué lo dices?—preguntó mi madre.

-Porque las viudas son viejas,—le respondí con toda la sencillez de mis seis años;—y Paz se parece á la Virgen que tienes arriba de tu mesa; es muy bonita...

Mi madre sonrió dulcemente y salió del comedor. Yo, entonces, colocando la muñeca á mi lado, me extendí en el canapé y me quedé pensando en Paz. ¡Qué bonita era! Sólo porque tenía los ojos tan tristes no se parecía al Hada Azul que figuraba en el cuento del Pájaro Encantado. Esa hada llevaba eternamente la sonrisa en la boca, y Paz nó: siempre estaba callada y seria, y á veces, hasta parecía que iba á llorar. Pero tenía la misma cabellera dorada del hada, y la misma luz en la frente... ¡qué bonita!

Un ruido estrepitoso tiró al suelo el castillo de mis pensamientos... Hice á un lado la muñeca, salté del canapé y corrí al jardín á ver qué pasaba. Mi hermano y sus amigos, con kepís de papel y sables de hoja de lata, acababan de entrar en la calle en persecución del gato de la tía Rita, un gato negro que era mi consentido y al que yo guardaba diariamente la parte mejor de mis golosinas.

Como un valiente general que se pone al frente de las balas, abrí mis brazos y detuve con un grito á toda esa multitud ebria de combate. Mientras tanto, el gato ganaba terreno y entraba á ocultarse debajo del canapé.

¡Nadie lo toque! ;nadie lo toque!—grité;—es mi regalón y lo defenderé con la vida...

Aquella multitud leyó seguramente en mis ojos la verdad y resolución de mis palabras, porque se alejó medrosa, aunque sonriendo con cierta sorna, (quizá para ocultar su derrota humillante.)

Yo, entonces, corrí hacia el canapé, y dirigiendo al gato mis más dulces palabras para prestarle confianza y ánimo, me incliné, metí las manos entre los flecos de la pasamanería, palpé en el fondo obscuro, y saqué arrastrando aquel fardo de seda negra que se llamaba el gato de la tía Rita.

-Ven acá, Brujito mío,-le dije cuando ya estuvo á la vista, todo asustado y tembloroso,—ven á comer tus pasteles y tu pan con mantequilla; hoy vas á regalarte como un rey... sí, señor, como un rey, mientras esos malvados van á matar á otros bichos menos lindos que tú... Ven acá, Brujito de seda, ven acá..

Lo llevé á un rincón de la cocina; le dí su pan, sus pasteles, su leche, y ya que había saboreado despacio todo aquello, lo alcé en mis brazos, y me fuí con mi pesado tesoro á la casa de Paz nuestra vecina.

Allí estaba ella, como siempre, delante de su mesa de costura, hilvanando, cortando, cosiendo y descosiendo.

-¿Nunca te cansas, Paz?—le pregunté mientras me sentaba en la esquina del tapete y depositaba sobre el suelo mi querida carga. —A veces no, á veces sí,—me respondió pensativa.

-Yo quisiera, cuando fuese grande, ser una persona tan seria como tú,—le dije;--querría vivir en una casa así; tener una mesita como la tuya, y estar cose y cose, como tú.

Paz levantó de la tela sus ojos tristes, abarcándome en una larga mirada, me dijo:

⊣No, hijita mia... no lo desee...

Después, ensartó la aguja en una larguísima hebra de hilo rojo, marcó fuertemente con el lapiz una línea sobre la tela blanca, y empezó á dar puntadas con la aguja siguiendo aquella línea.

El gato, con sus grandes ojos color de uva, miraba atentamente y bajar la mano de Paz.

-Mira qué gato tan juicioso,—dije á la vecina;—parece que quiere aprender á coser.

-;Minita!—me gritó mi madre desde nuestra puerta;—ven pronto, que aguí está tu tía Isaura y quiere verte.

-Vamos, Brujito;—dije levantándome del suelo y cargando al gato;—ya volveremos después á platicar con Paz. Dile adiós á la señora.

Y moviendo la manecita suave del gato en señal de despedida, salí á la puerta, crucé la calle y entré en nuestra casa.

Mi madre y la tía Isaura desenvolvían paquetes: eran panecillos y dulces que la tía nos traía.

Este es para Minita, tiene muñequillos de coco y almendra; y este,—decía mi tía,—es para la pobrecita de Paz..

¡La pobrecita de Paz!... ¿Por qué le llamarían "la pobrecita", siendo tan bonita como era?... Quizás porque era viuda.

Abracé á la tía Isaura, recibí alborozada el gran paquete de mu-

ñequitos de coco, y con él y con Brujito, fuí á sentarme junto á

Por la calle bajaban grandes carretas arrastradas por bueyes, y á su paso, las gallinas se dispersaban corriendo hacia las aceras.
—Siéntate aquí Brujito, y vamos á ver lo que nos trajo la tía

Coloqué al gato en una silla, me instalé en otra, y abrí el paquete. Aquello era una maravilla: los muñequitos parecían gentes de verdad. ¡Y qué caras!... Algunos sonreían maliciosamente apretando la boca; otros reían á carcajadas mostrando sus dos filas

de blanquísimos dientes. Las cejas jugaban papel muy importante en los rostros de los muñecos: unas eran en arco, lo cual les deba un aspecto de admiración tal, que provocaban el asombro; otras eran rectas y estaban muy cerca de los ojos, obligando al muñeco á guardar una actitud graciosísima de enfurruñamiento y desconfianza. Los había bizcos, pero ni estos eran feos, porque bien se veía que extraviaban los ojos con intención de hacer reír cumpliendo con su misión de payasos.. Yo estaba encantada. Extendí en el suelo el papel azul con que venían envueltos, y sobre él comencé á formarlos. Bamboleaban al principio y no querían ponerse de pie, pero con paciencia y voluntad se logra todo, y yo estaba decidida á formarlos en orden de batalla.

-Verás, Brujito, verás, verás...-decía yo en íntima conversación con el gato, haciendo esfuerzos por ordenar aquel escuadrón de rebeldes v saboreando al mismo tiempo la cabeza ó los pies de algunos de ellos.

La tía Isaura y mi madre habían ido á sentarse al fondo de la sala, y en el centro del estrado conversaban intimamente sin cuidarse de mi persona. Yo, interesada en formar á los muñecos, no me cuidaba tampoco de ellas, pero de pronto, una exclamación dolorosa de mi madre me obligó á darme cuenta de sus palabras.

-; Qué infamia! - había dicho; - no le parece bastante con tenerla abandonada en este pueblo sin mandarle jamás ni cuartilla, y ahora se presenta allá con la mujerzuela, haciéndola pasar como su esposa!... ¡qué vileza!... ¡Y esta pobre, aquí, llevando vida de monja y dejando el pulmón en la aguja!... ¡qué infamia!...

Mi madre, habitualmente tan dulce, se exaltaba y ponía en su voz vibraciones que yo nunca le había oído. ¿De quién hablarían? ¿qué querría decir todo aquello?...

No tuve tiempo de inquirirlo porque en aquel mismo instante, una gran mariposa amarilla entró por la ventana, y el gato, ávido, los ojos llameantes, saltó sobre ella y cayó sobre mis muñecos haciéndolos pedazos... Un grito mío y un golpe de lágrimas, puso en confusión la sala entera. Mi madre y la tía Isaura corrieron á prestarme auxilio. Aquello era un ciclón, un diluvio...; nada podía calmarme.—; Mis muñecos, mis muñecos!—gritaba yo en el colmo de la desesperación tapándome la cara con una mano y señalando con la otra aquel campo de batalla donde no había más que muertos.

-Mañana te traeré otros más bonitos y más sabrosos,-decía la tía besándome tiernamente; ya verás, ya verás: con sus trajes colorados y sus bonetes verdes... todos de jamoncillo y piña, riquísimos... así de grandes...

-; Yo quiero éstos!-respondía moviendo enérgicamente la cabe--; yo quiero éstos!.

Y mis lágrimas rodaban en perlas enormes, y los sollozos me quitaban la respiración...

Repentinamente se oyó una voz que gritaba: "¡Fuego! ¡fuego!" Mi madre y mi tía aterradas, corrieron hacia la cocina, y yo, calmada como por encanto, me enjugué los ojos con mi vestidillo azul me fuí tras ellas, despacio, sin perder del todo mi dignidad. Al llegar á la cocina vimos que mi hermano Luis y sus amigos, armados de palos untados con brea y encendidos por la punta, jugaban al incendio. La vista de la cocina era maravillosa; en el fondo obscuro, las llamas que despedían los palos parecían farolillos rojos en agitación fantástica. Yo, absorta, fascinada por aquella visión deslumbradora, olvidé mi pena y hasta mi dignidad, y me puse á dar saltos y gritos uniendo mi alegría á la de mi hermano y sus amigos.

- Salgan de aquí!—gritaba mi madre indignada;—;al patio! ;al

La turba de muchachos salió en confusión, y yo me uní á ella gloriosamente, orgullosa de formar entre aquel pelotón de valientes que se atrevían hasta con el fuego. Pero mi madre, que juzgaba absurdo el divertimiento, había salido tras de nosotros, y ayudada por la tía Isaura y por la cocinera, despojaba de sus hachones á los muchachos, dejándolos bien pronto con las manos vacías y con los hombros encogidos por el disgusto Yo, al verlos humillados y tristes, me acordé de mis muñecos rotos, pero... francamente, ya no tenía deseos de llorar, así, me cuidé de volver á la sala (donde mi dignidad me hubiera obligado á derramar lágrimas sobre los muñecos), y abandonando la compañía de los muchachos, quienes ya sin sus hachones no tenían prestigio ante mis ojos, me salí á la calle buscando nuevas perspectivas.

Caía la tarde; en los árboles comenzaban á recogerse los pájaros; las gallinas debían de estar ya trepando á sus palos en los gallineros. Pronto sería noche cerrada.

Oí que mi madre me llamaba desde la puerta, y corrí hacia allá. -Mira,-me dijo;-llévale este paquete de dulce á Paz, y dile que se los manda tu tía Isaura.

Recibí el paquete y corrí á desempeñar mi comisión. Entré en la casa de Paz. Como no estaba ella en el cuarto de la costura, fuí á buscarla á la cocina, pero tampoco allí la encontré, y ya iba á salir al huerto, cuando la oí que hablaba con alguien en la sala. ¿Quién podía ser? Paz nunca recibía visitas en aquella pieza; siemLA VIUDA

pre las llevaba al cuarto de la costura y platicaban allí mientras Paz cosía, ¿Por qué ahora habían ido á la sala? Entré precipitadamente y quedé sorprendida. En uno de los sillones estaba sentado un hombre; tenía la cabeza entre las manos, como si estuviese llorando, y en el asiento frentero, Paz le dirigía la palabra suavemente, con voz calmada. Al entrar yo, el hombre cambió de actitud, se enderezó, levantó la cabeza, y llevó una de sus manos á la bolsa. Entonces pude ver bien su rostro; tenía unos ojos negros muy grandes, y unas pestañas tan espesas que parecían alas de mariposa. La palidez de sus mejillas me llamó la atención, ¿qué tendría que estaba tan pálido?.. Como para inquirirlo, me volví á Paz, y entonces ví que el rostro de ella estaba aún más pálido que el de él. Le entregué el regalo, y después de explicarle que mi tía se lo mandaba, me despedí para retirarme, pero entonces Paz me

-No te vayas, Minita, siéntate aquí junto á mí, cuéntame algo del Brujito ...

Mas aquella visita me cohibía, y nada quise contar. Un silencio solemne reinó en la sala. El hombre bajó la cabeza, y Paz se puso á acariciar mis manos. Después de aquel prolongado silencio, el hombre levantó los ojos y miró á Paz, pero ésta no alzó los suyos. Entonces él habló y dijo así con voz temblorosa y apagada:

-Es que yo lo he visto... Ilevando del brazo á una mujer á quien presenta como esposa.

-Lo sé, lo sé...-dijo Paz con un hilo de voz.

Aquello me pareció tan solemne y tan extraño, que juzgué fuera de caso mi presencia en aquella sala.

Me levanté resueltamente, deseosa de irme á jugar, pero Paz me cogió una mano y me dijo:

-No, Minita, quiero darte un encargo para tu mamá, espérate. El silencio volvió á reinar. Se hacía de noche. La sala comenzaba á anegarse en sombras. En el tic tac del reloj que estaba sobre la mesa, se oía distintamente, parecía un animalillo que caminaba.

-Quien engaña, merece ser engañado,-murmuró el hombre sordamente

Paz no respondió, pero sentí que su mano fría como el granizo, temblaba entre las mías.

—¿Debo, pues, marcharme como siempre?—dijo aquel hombre después de una pausa y en un tono angustioso.

—Sf... como siempre...—respondió Paz casi en secreto. En ese momento of que mi hermano me llamaba desde nuestra

-Me voy, me voy,-dije dando un salto y corriendo hacia la puerta;-Luis me llama...

-No, dijo Paz resueltamente, deteniéndome al vuelo y cogiéndome por la mano:-te irás después.

El hombre me dirigió una mirada severa, que me hizo recordar el ceño de mi padre cuando nos reprendía por alguna grave falta; y tras un largo silencio, lanzó un suspiro, se apoyó en los brazos del sillón, se enderezó violentamente, y se puso en pie.

Paz se levantó también y, teniéndome consigo, le alargó el sombrero que estaba sobre una silla. El lo tomó sin alzar los ojos, le dió algunas vueltas en sus manos, y quedó de pie, inmóvil, con la cabeza baja.

-Es ya muy tarde-le dijo Paz débilmente.

-Sí, sí,-respondió él distraído;-es ya muy tarde... Adiós, Paz,-añadió extendiendo hacia ella la mano y mirándola ansiosamente.

-Adiós. Antonio,-dijo Paz con una voz muy extraña, dando la mano al desconocido.

En seguida, se dirigieron los dos hacia el fin de la sala; el hombre volvió á ver á Paz de un modo que hacía daño, llegó al dintel salvó el escalón con paso vacilante, y salió. Entonces Paz cerró la puerta detrás de él. En ese instante descubrí al gato que cruzaba el corredor; corrí á cogerlo, y cuando volvía yo con él, ví á Paz de pie junto á la puerta, con los brazos tendidos hacia la calle y el rostro hañado en lágrimas

-; Vecinita, vecinita! ¿qué te pasa?-le grité deteniéndome llena de asombro.

Y como no me respondió sino que fué á echarse de bruces en una silla:

-; Ven, Brujito, -dije al gato, -ven tú á contentar á la señora. -Y con el Brujito en hombros, me llegué adonde estaba Paz, le quité las manos de la cara, la puse al gato en los brazos, y luego, suavemente para no molestarla, me recliné sobre ella.

Entonces Paz, abrazada del Brujito y de mí lloró por largo tiempo en aquella silla, hasta que de mi casa fueron á traerme para la

En la mesa, mi madre habló del regalo de la tía Isaura para Paz. —;Pobre mujer!—dijo mi padre.

Yo me caía de cansancio. Tuvieron que llevarme cargada á la cama. Pronto estuve dormida, y entre sueños volví á ver á Paz como la había visto en esa noche, de pie junto á la puerta, con los brazos tendidos hacia la calle y el rostro en escorzo, y soñé también que le decía: "Yo quisiera alguna vez ser tan bonita como tú y estar así, con los brazos extendidos y las mangas flotantes"... Pero ella abría los labios y me contestaba con su dulce voz:

Nó, no, hijita mía... no lo desees...



Nuestro Concurso de Bellezas



Fotografía del collar de perlas, obsequio de los señores fabricantes de la HARINA LACTEA-DA NESTLE, que será adjudicado como único premio á la señorita que obtenga la primera mayoría en la votación final del concurso.

	CONCURSO DE BELLEZA DE "SELECTA" VOTACION DEFINITIVA			
La agraciada con la mayoría de votos recibirá como premio el magnífico COLLAR DE PERLAS obsequiado por los señores Fabricantes de la HARINA LACTEADA NESTLE y su retrato será reproducido en la Revista al tamaño de una pázina y en colores.				
	Voto por el N.o			
	Firma			
	Ciudad			
	Fecha			

Toda correspondencia referente á nuestro Concurso de Bellezas debe rotularse al DIRECTOR ARTISTICO DE "SELECTA", EMPRESA "ZIG-ZAG, SANTIAGO.



Señoritas que han obtenido el mayor número de votos

PROVINCIA DE TACNA

Tacna: Laura Cisternas Arica: Elena Nieto

PROVINCIA DE TARAPACA

Iquique: Amy Mayne Nichols

PROVINCIA DE ANTOFAGASTA

Antofagasta: Sara Bustamante Tocopilla: Sara Gutiérrez Taltal: Ada Lois

PROVINCIA DE ATACAMA

Copiapó: Marta Briceño

PROVINCIA DE COQUIMBO

La Serena: Marta Munizaga Coquimbo: Paquita Suárez Ovalle: Matilde Varela

PROVINCIA DE VALPARAISO

Valparaíso: Raquel Merino Vicuña " Raquel Luco C. " Emma Bobillier Quillota: Rosa Grez S. Viña del Mar: Florencia Zegers B.

PROVINCIA DE ACONCAGUA

San Felipe: Rosa Soza C.

PROVINCIA DE SANTIAGO

Santiago: Sara Besa Montt
,, María Cordero Vivanco
,, Josefina Vial Freire
,, Tula Montes M.

" Kyrima Prieto Nieto " Lily Rogers Cavero

Melipilla: Blanca Pizarro San Bernardo: Marta Mac Lean

PROVINCIA DE O'HIGGINS

Rancagua: Zunilda Lemaitre

PROVINCIA DE COLCHAGUA

San Fernando: Sylvia Salvatierra

PROVINCIA DE CURICO

Curicó: Graciela Correa PROVINCIA DE TALCA

Talca: María Larraín Molina: Elena Silva S.

PROVINCIA DE LINARES

San Javier: Blanca de la Cerda E. Linares: Aída Max Carte

PROVINCIA DE MAULE

Cauquenes: Blanca Pinochet Constitución: Ester Albornoz

PROVINCIA DE NUBLE

Chillán: Esther Martín A. San Carlos: Ofelia Caro R.

PROVINCIA DE CONCEPCION

Concepción: Domitila Urrutia Tancahuano: Viola Guzmán Florida: J. Amelie Mourgues

PROVINCIA DE ARAUCO

Lebu: Emma Hanne Cañete: Zenobia Godoy

PROVINCIA DE BIO-BIO

Los Angeles: Fresia Contreras Mulchén: Blanca Estela Ibieta

PROVINCIA DE MALLECO

Angol: Rosa Kind Victoria: Emilia Muñoz G.

PROVINCIA DE CAUTIN

Temuco: Cristina Marín Nueva Imperial: Berta Gutiérrez Lautaro: María del Sola:

PROVINCIA DE VALDIVIA

Valdivia: Rosario Guarda La Unión: Emma Grob W.

PROVINCIA DE LLANQUIHUE

Puerto Montt: Margarita Moreno Osorno Hanny Franke Calbuco: Isabel Mayorga

PROVINCIA DE CHILOE

Ancud: Isabel Bahamonde

PROVINCIA DE MAGALLANES

Punta Arenas: Antonieta Blanchard





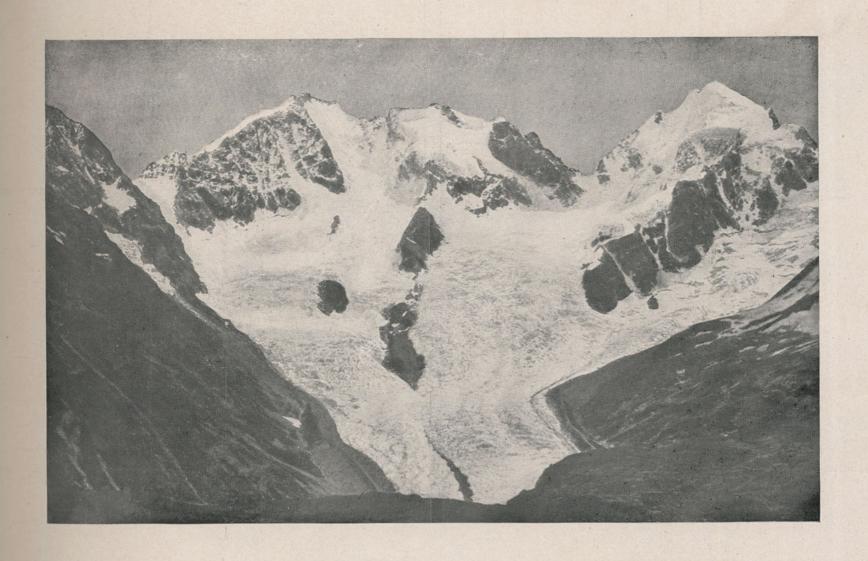












SUMARIO

TEXTO	Págs.	GRABADOS	Págs.
Hechos y notas, Luis Orrego Luco	34 37 39 42 43 46 46	El barítono Scoti, escultura	38 46 51 52
Palabras inolvidables	· 52 · 59	INSERCION EN COLORES Livinia, por Tiziano	